

La Mujer Ligero



Greta Garbo

John Gilbert

Lewis Stone

1
pla

EDICIONES
B.F.
A.F.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

LA MUJER LIGERA

Sentimental asunto, dirigido por
CLARENCE BROWN

Producción NON PLUS ULTRA

METRO - GOLDWYN - MAYER

Distribuida por
METRO - GOLDWYN - MAYER
IBÉRICA, S. A.
Mallorca, 220 - BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

LA MUJER LIGERA

INTÉPRETES:

<i>Diana</i>	GRETA GARBO
<i>Neville</i>	JOHN GILBERT
<i>Doctor Trevelyan</i> . .	LEWIS STONE
<i>David</i>	John Mack Brown
<i>Jeffry</i>	Douglas Fairbanks (hijo)
<i>El padre de Neville</i> . .	Hobart Bosworth
<i>Constance</i>	Dorothy Sebastian
Etc.	

REVISADO POR LA CENSURA
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

En Inglaterra. El palacio de los Merrik. Un salón suntuoso. En él, dos jóvenes. Uno está sentado en un sofá, ante un velador, llenando y vaciando con frecuencia un vaso.

Un frasco de cristal tallado contiene la oscura bebida; un pozalillo de plata contiene el sifón.

El que bebe es un Merrik, uno de los dos últimos Merrik. Se llama Jeffry. Va vestido con la corrección de *gentleman* y es muy joven, un muchacho todavía. Sin embargo, en su mirada hay una extraña expresión, algo turbio e

impreciso, y su boca se quiebra en un rictus que puede ser de amargura y puede ser de hastío, lo que no obsta para que Jeffry Merrik ría con frecuencia y estrepitosamente.

La familia de los Merrik es una de las más nobles de Inglaterra. Los primeros Merrik fueron nobles guerreros. Su honor fué el honor valeroso del combate. Hombres fuertes, diestros en el manejo del escudo y de la espada, de la lanza y del corcel.

Jeffry, el último hombre de la heroica familia, vive como descen-

trado en la vida moderna. Su temperamento es el mismo que el de sus antepasados. Debió nacer tres o cuatro siglos atrás. Entonces habría podido vivir en su centro. Hubiera tomado parte en torneos y habría expuesto la vida en batallas; habría soportado horrendas torturas por guardar un secreto y habría jugado la vida por la sonrisa de una dama.

Pero ha nacido en el presente siglo y nada de eso puede hacer. Sólo en una cosa le es posible imitar a sus antepasados: en la bebida.

El que ahora le acompaña es David Furness, un joven que se muestra como la antítesis de Jeffry. En su rostro se lee la serenidad y la prudencia, la bondad y la parsimonia. Es un *sportman*, producto genuino de nuestro siglo.

David es el mejor amigo de Jeffry.

Ahora está sentado en el brazo del sofá al otro extremo del rincón en que Jeffry se acomoda.

Le contempla con lástima y disgusto.

—No bebas más, Jeffry.

Este sonríe.

—Es el aperitivo. Diana llegará de un momento a otro y cenaremos. Quiero tener buen apetito.

—Has consumido ya media botella de ese infernal aperitivo que quema las entrañas y perturba el cerebro.

—¡Media botella! Eso no es nada, David. Mira ese retrato.

Y su dedo se dirige hacia un gran cuadro que preside el salón.

—Es mi padre.

En el retrato se ve un caballero de poblado bigote y gesto altivo.

—Pues bien, mi padre consumía dos botellas diarias de esta bebida a la que tanto miedo tienes.

—Eso no es una razón para que bebas de ese modo suicida.

—En este punto no podemos entendernos, David. Tú eres un hombre perfecto, sin vicios. Yo no soy más que un Merrik y los Merrik se distinguieron siempre como excelentes bebedores. He de hacer honor a mi apellido.

—¿Estás seguro de que así le haces honor?

Por toda respuesta, Jeffry se lleva el vaso a los labios.

—Hazme caso, Jeffry. Eres honrado e inteligente. El mundo te necesita. Puedes llegar muy lejos. ¿A qué ese suicidio estúpido cuando estás en plena juventud?

Jeffry deja de reír.

—Francamente, David, no puedo. Comprendo todo eso que me dices y más de una vez he intentado dejar el alcohol y dar otro rumbo a mi vida. ¡Pero no puedo! No es que quiera hacer honor a mis antepasados: ¡es que el alcohol me domina!

—Haz un esfuerzo. Yo te ayudaré. Te ayudaremos todos.

—No insistas, David. ¡Qué más quisiera yo! ¡Oh, si yo pudiera ser como tú! Tú has encarnado siempre a mis ojos el ideal del hombre irreprochable que yo hubiera querido ser. ¡Y he intentado serlo!... Pero no puedo, David, no puedo...

Hay una pausa. Para desvanecer la atmósfera que pesa como el plomo sobre los hombros de ambos, David consulta el reloj y dice:

—Es extraño que Diana no esté ya aquí.

Jeffry sonríe amargamente.

—¡Diana!... ¡Otra Merrik!... Buena pareja hacemos ella y yo.

Un soberbio auto se desliza raudamente por la carretera con los faros encendidos. Van en él Diana Merrik y Neville Holderness. Diana conduce.

Diana es una mujer bellísima. Sus labios finos tienen, aun sin quererlo, gestos y mohines que invitan al beso y a la locura. Sus ojos rasgados, de un color de acero transparente, no saben mirar sin conmover. Sus cabellos son una nube de oro. Es delgada y gentilísima, pero la delgadez no le impide tener una figura estatuaría y dotada de una elasticidad de ballena. A veces se encoge felina-mente, otras se yergue altiva, como los antiguos Merrik.

También en su rostro hay una movilidad sorprendente. Vibra toda ella, en todas sus facciones y

en todas las prodigiosas líneas de su cuerpo hay una vitalidad vibrante.

Neville, su acompañante, es un joven de cabello negro y ojos tan expresivos que parece hablar con ellos. Pero el mayor atractivo del joven está en su figura, en su delicada arrogancia de *dandy* aristocrático.

Un faro móvil colocado en lo alto del parabrisas sirve a Diana para iluminar el camino en la dirección que le conviene. Con la mano derecha, lo maneja a su sabor, con la izquierda sujetando el volante.

Y el auto se desliza como un rayo a lo largo del oscuro camino.

De pronto se detiene en seco. Ha sido una atrevida parada que

L A M U J E R L I G E R A

hace patinar el coche por espacio de dos metros.

El faro, sujetado por la mano de Diana, se dirige hacia un compulento árbol que hay al lado de la carretera.

—Mira, Neville. Ahí está nuestro árbol. ¿Recuerdas?

Neville asiente con una sonrisa.

—Vamos a visitarlo.

Salta del coche ágilmente, seguida por Neville, y acaricia la áspera corteza.

Después apoya en ella amorosamente la delicada mejilla.

—Aquí fué donde me diste el primer beso—dice como soñando.

—Aquí fué.

Y por la mente de ambos pasa la remota escena.

David, Neville y Diana eran niños todavía.

Iban los tres en sus bicicletas a lo largo de aquel mismo camino.

Diana se adelantó intrépidamente.

—A ver si me alcanzas, Neville.

Tan veloz era su carrera, que en una curva perdió el dominio de

la máquina y chocó contra un árbol, contra aquel árbol.

Quedó tendida en el suelo sin conocimiento.

Los dos muchachos se apresuraron a auxiliarla y Neville se arrodilló junto a ella y la rodeó con sus brazos.

—¡Diana, Diana!

Después dió a David una orden y éste se alejó rápidamente.

Y entonces, al quedar solo Neville con la rubia muñeca en brazos, sintió deseos de besarla y la besó.

Aun recordaban ambos la emoción profunda de aquel primer beso.

—Recuerdo—dice Diana—que cuando era niña no tenía otra idea que la de crecer pronto para casarme contigo, antes de que otra mujer me arrebatara tu cariño.

—Sin embargo, ya entonces sabías que este matrimonio es imposible.

Diana no da importancia a estas palabras. Parece segura de vencer el obstáculo a que Neville ha hecho alusión sin nombrarlo.

—¡Vámonos! ¡Es tarde!—dice

de pronto corriendo hacia el auto.

Y de un salto ocupa el asiento del volante. Sube al coche Neville

y el auto continúa su desenfrenada carrera a lo largo del camino oscuro.

* * *

—Estoy avergonzada de haber llegado tan tarde, David—dice Diana entrando en el salón donde su hermano y David la esperan—. No debíais haberme esperado para cenar.

—Siempre llegas a tiempo, Diana—replica David con dulce cortesía.

Pero la actitud de Jeffry es muy diferente.

Se levanta y con paso no muy firme se dirige a su hermana.

—Has cometido una gran des cortesía, Diana. Ya sabías que David estaba invitado a cenar con nosotros esta noche. Sin duda habrás estado con Neville hasta este momento.

—Pero David me perdona. ¿Verdad?

—David te perdona, pero yo no. Te está esperando desde las siete y mañana tiene que tomar parte en las regatas.

—Vamos, Jeffry. No tiene nada de particular que se haya retrasado un poco.

Jeffry vuelve al lado del vendedor para apurar lo que le queda del vaso.

Entonces Diana se acerca a David y le dice:

—Mi hermano tiene razón. Es una des cortesía el haberte hecho esperar y más sabiendo que has de acostarte pronto.

Y bastan estas palabras y el tono en que son pronunciadas para probar lo que el corazón de David siente por Diana.

A la tarde siguiente todo Cambridge se aglomeraba en los alrededores del club marítimo.

Era el día de la gran regata. En la terraza del club, escudriñando con unos prismáticos los lejanos remeros, está el doctor Trevelyan, un exquisito caballero de plateados aladares, muy compenetrado con las corrientes modernas y amigo íntimo de los Merrik.

Detrás de él está el señor de Holderness, también provisto de unos prismáticos.

Le sigue Neville y finalmente Diana.

Todos están pendientes de lo que va a suceder en el agua, todos miran con avidez hacia las frágiles embarcaciones cuyos remos horizontales les dan el aspecto de una espina de pescado.

Todos desean el triunfo de David.

III

Únicamente Diana parece indiferente al resultado de las regatas.

Neville se lo reprocha y Diana replica sinceramente:

—¿Cómo quieres que me interese por las regatas si lo único que me importa es conocer el secreto que me ocultas?

—Vas a saberlo en seguida, Diana.

Y la conduce a un salón inmediato a la terraza, la hace sentar en un diván y le revela su gran secreto.

—Un sindicato me ha ofrecido un importante empleo en Egipto. Podré ganar mucho dinero. ¿Comprendes lo que esto significa para mí, para nosotros? A mi regreso podremos casarnos.

Diana sonríe tristemente.

—Lo adivino todo, Neville. Esto ha sido obra de tu padre.

Y cogiendo las manos y mirándole a los ojos, añade con tono de imploración:

—Neville, si realmente mequieres, cásate conmigo antes de partir.

—Desgraciadamente hay algo más que el amor para los hombres. Existe el honor... o siquieres el orgullo. Tú eres rica y yo soy pobre. Jamás me avendría a vivir con tu dinero.

—Pero si yo no estuviera dispuesta a esperar y te dijera que ante ese dilema me casaría con David, ¿qué harías?

—Antes de eso, pasaría por todo y me casaría contigo. Tú no puedes ser de nadie más que mía.

Ha pronunciado estas palabras con el tono del que revela su de-

terminación de cometer un crimen.

Con la espalda apoyada en el respaldo del diván mira hacia adelante impávidamente.

Diana, que ha escuchado sus palabras mirándole fijamente a los labios, sonríe al responder:

—Sabía lo que ibas a decir, Neville. Pero puedes estar tranquilo. Sólo a ti te amo.

En una de sus maravillosas torsiones recoge las piernas sobre el diván, su cuerpo se va doblando como una ballesta, su cabeza cayendo hacia atrás hasta que sus labios quedan a la altura de la barbilla de Neville y éste no puede evitar el beso, un beso largo y fuerte mediante el que queda pactado todo lo que no han podido convenir con palabras.

Una persona cruza el salón raudamente. Es Jeffry, el cual se detiene un momento, al ver a Diana y a Neville.

—¿Cómo podéis estar aquí tan tranquilos mientras David disputa el campeonato de Inglaterra?

—Sabemos que va a ganar y esto nos basta.

—Tú siempre tan cordial y tan cortés con tus amigos.

Sin decir más, sale a la terraza y se reúne con el doctor y con el señor Holderness, los cuales tam-

poco parecen muy atentos a lo que sucede en el agua.

Los dos miran hacia la puerta del salón en que se hallan Diana y Neville.

Una sonrisa de indulgencia anima el rostro del doctor.

La expresión del señor de Holderness es muy distinta.

Un murmullo de la multitud les hace mirar a los tres hacia la lejana meta, donde dos embarcaciones se disputan la entrada.

De pronto suena un disparo y Jeffry exclama lleno de alegría:

—¡Hemos ganado! ¡Ha ganado David!

A los gritos victoriosos, Diana

y Neville salen a la terraza y en tanto éste se reúne con el señor de Holderness, dándole un abrazo de felicitación, Diana se lleva al doctor aparte y le dice:

—Te voy a revelar un importante secreto, amigo mío. Mañana por la noche el señor de Holderness será mi padre político. Neville y yo hemos resuelto casarnos en secreto.

—No sé si lograrás tu propósito, Diana. El señor Holderness conoce vuestro amor y dijérase que sospecha lo que habéis tramado.

De pronto irrumpen David en la terraza y todos le rodean para felicitarle.

IV

Aquella misma noche ocurrió en la vida de Neville algo que había de cambiar el rumbo de su existencia.

Cuando llegó a casa, un criado le dió la noticia de que su padre le aguardaba en sus habitaciones.

En seguida comprendió Neville lo que le esperaba, y al ver al señor Holderness su presentimiento se convirtió en convicción.

En el rostro de su padre se leía una profunda pesadumbre. Estaba en medio del salón con la cabeza baja y las manos en los bolsillos.

—Me han dicho que querías hablar conmigo, padre.

—Sí, Neville. Deseo hablarte de algo que es muy importante para los dos. Tus amores con Diana toman cada vez un cariz más peligroso. Esta tarde he tenido ocasión de convencerme.

—Amo a Diana, padre, y deseo casarme con ella.

—Eso es lo que voy a tratar de impedir a toda costa y creo que triunfaré; porque tus sentimientos se asemejan mucho a los míos.

—Presiento que vas a empezar por decirme que la conducta de los dos últimos Merrik te desagrada. Diana tiene el defecto de ser una muchacha demasiado moderna e indiferente a los convencionalismos de la sociedad. De Jeffry no hablemos: Jeffry morirá alcoholizado.

—Te equivocas. Nada de eso quiero decirte. Sólo deseo hacerte ver, una vez más, que Diana es una mujer rica y tú un hombre pobre. Es imposible que tu honor no salga manchado de semejante unión. Mira estos diez retratos que te rodean. Los diez son antepasados tuyos. Los diez hubieran perdido la vida antes de arrojar so-

LA MUJER LIGERA

bre su honor la más ligera sombra. ¿Serás tú el que rompa esta brillante tradición familiar? Sólo esto quería decirte. Piensa serenamente y dime después si sigues dispuesto a casarte con Diana.

Neville pensó lo que el señor de Holderness sabía que había de pensar. No necesitaba las incitaciones del padre para sentir profunda repugnancia hacia un matrimonio que fuera o pareciese de conveniencia. Si un momento había vacilado y se había dejado convencer por las súplicas de Diana, su claudicación de debía tomarse en cuenta.

Los ojos de aquella mujer eran capaces de hacer decir lo que se estaba dispuesto a callar.

Por eso ahora al alzar los ojos hacia aquellos retratos que adoraban todo el salón y sentir fijos en él los ojos de sus diez antepasados, de aquellos diez hombres que se hubieran quitado la vida antes de faltar a su honor, se levantó del sofá en que abrumado se había dejado caer, y dijo a su padre:

—No me casaré con Diana hasta que tenga dinero.

* * *

Al día siguiente al anochecer cuando Diana esperaba a Neville, vió que en vez de él aparecía su padre.

Algo malo presintió y con ansia mal contenida preguntó al que aquella misma noche había de ser su suegro:

—¿Dónde está Neville?

—Siento mucho tener que proporcionarte este disgusto, Diana,

pero he de anunciarte que Neville ha salido para Egipto.

Sintió Diana como si la sangre se le helara en las venas. Lo advinó todo, lo comprendió todo.

—Usted es el culpable de mi desgracia. Usted es el que nos ha separado.

—No lo niego. Todo esto ha sido obra mía, pero también de mi propio hijo. Su honor no le permi-

te casarse con una mujer a quien no puede mantener.

Le parecía a Diana que el suelo cedía bajo sus pies. Sentía como si toda la sombra de la noche convertida de súbito en plomo gravitara sobre su corazón.

Acaso compadecido, dijo el caballero:

—Si realmente le ama usted, puede esperarle hasta su regreso. ¿Qué importan unos años cuando se es tan joven?

—¡Unos años! Unos años es un plazo demasiado largo para un amor. Cuando vuelva Neville acaso no se acuerde de mí.

El tono entre iracundo y desdénoso con que estas palabras habían sido pronunciadas despertaron la dureza de carácter que era peculiar en el señor Holderness.

—A decir verdad quisiera que los dos os olvidárais de ese amor. Un hijo mío nunca podría ser feliz con una Merrik.

Y como viera por el gesto de Diana que había sido demasiado

duro con ella, añadió en un tono más suave:

—Pero este hecho no debe apenarte. Tú eres joven y pronto amarás a otro hombre.

Diana le contempló con una sonrisa irónica y llena de amargura.

—¡A otro hombre! ¡Qué poco sabe usted de lo que el amor es para mí!

—Compréndelo, Diana. El honor de mi hijo, nuestro honor, ha hecho necesaria esta separación.

—¡Su honor, su honor! Siempre esa misma palabra incomprendible.

—Si no comprendes lo que esta palabra significa, será inútil que sigamos hablando.

—El honor que no comprendo es el suyo. También yo tengo un honor que usted no comprende. Por eso estoy en acuerdo con usted en que debemos suspender esta conversación.

Y Diana Merrik volvió altivamente la espalda a aquel caballero tan sobrado de orgullo como falto de corazón.

V

Durante dos años Diana Merrik fué o pareció ser una mujer galante que trataba de olvidar un amor contrariado.

Era frecuente verla salir con su magnífico coche del suntuoso palacio de los Merrik, llevando prendido en los labios el fino cigarrillo turco, siempre con un traje que se ponía por primera vez y generalmente por última, para no volver en toda la jornada.

Su auto iba siempre a una velocidad vertiginosa y bordeaba con temeraria intrepidez los precipicios. Iba exageradamente maquillada y sus vestidos eran siempre los más extremados que salían de los talleres de los modistas de París.

—¡Está loca, está loca! —decían algunos.

Y no se equivocaban de mucho. Diana de Merrik estaba a punto

de enloquecer. No podía olvidar aquel gran amor de su vida. Todas las locuras que cometía tenían la misma finalidad: aturdirse, olvidar, apagar aquella llama que la devoraba lentamente. Pero eso no lo sabía nadie. Sólo lo sabía ella. La creían una loca sin conciencia ni sentimientos, y era precisamente un exceso de bondad y corazón lo que la llevaba a aquel vértigo que no hacía sino atraerle la crítica de la sociedad y la murmuración del mundo.

Sólo un hombre la sabía buena y seguía respetándola y admirándola.

Ese hombre era David, David, que esperaba siempre con un leal e invariable amor.

¿Pasó la ráfaga? ¿Se apagó el fuego? No, no hizo sino atenuar-

se y Diana, para seguir luchando, para seguir venciendo, tomó la resolución de casarse con David.

Estaba segura de que si no encontraba con él la felicidad, no la encontraría en ninguna parte.

Fué en uno de los muchos hoteles que visitaron en su viaje de novios por el extranjero.

El hotel estaba lleno porque era la época de baños y aquella playa era una de las más famosas de Europa.

Tanto David como Diana estaban seguros de que encontrarían allí a todas sus amistades.

Hallaron casualmente una habitación y como era ya de noche y estaban cansados del viaje se acostaron, decidiendo esperar al día siguiente para ir a visitar a sus amigos, entre los que figuraba Jeffry, el hermano de Diana.

Aquella mañana, David se levantó más temprano que de costumbre. Sin saber por qué, estaba inquieto y nervioso.

En vano trató de distraerse hojeando libros y revistas. La habitación, una de las mejores y más

amplias del hotel, le parecía una jaula.

Pasó así más de una hora. Al consultar el reloj y ver que eran más de las nueve se decidió a despertar a Diana. Anhelaba la llegada de este momento, como si hiciera mucho tiempo que no hubiera visto a su esposa. Llamó a la puerta del dormitorio y Diana contestó en seguida. Abrió David; entró.

Diana estaba hermosísima con su escotado pijama de seda, pero no fué su hermosura lo que atrajo la atención de David. Sus ojos amantes miraban más hondo. Dijérase que veían aquella alma idolatrada y luminosa, de cuya santidad, de cuya pureza, estaba tan cierto.

Se sentó en el borde de la cama, cogió a Diana de las manos y le dijo mirándola a los ojos:

—¡Cuánto te amo!

La respuesta de ella fué una dulce sonrisa de gratitud.

—Tú, en cambio — prosiguió David —, nunca me has dicho que me quieras.

Había en su voz un tono de resignada queja.

Ella, sin esforzarse, le echó los brazos al cuello, lo atrajo hacia sí, y acarició la amada cabeza con un gesto que podía ser de esposa y podía ser de madre.

—Eres bueno y honrado, David; y por eso voy a dedicar mi vida entera a hacerte feliz.

Esto fué suficiente para que David se sintiera ya dichoso y levantándose de la cama alegremente, le dijo:

—Vístete ya. Es tarde y tenemos muchas cosas que hacer.

En este momento sonaron unos golpes en la puerta de la antecámara.

—Por qué se sobresaltó David? —Por qué se puso intensamente pálido?

Preso de un funesto presentimiento, se dirigió a la puerta del dormitorio y después a la de la an-

tecamara. Le temblaban las piernas. Sus manos se crispaban involuntariamente.

Abrió y vió lo que había presentido que vería.

Dos hombres de catadura inconfundible le contemplaban fijamente.

—¿Es usted David Furness?

El apenas tuvo fuerzas para contestar:

—Sí, yo soy.

Los hombres entraron y cerraron la puerta.

Sintiéndose morir, vió David como uno de ellos sacaba del bolsillo unas esposas.

En este momento, se abrió la puerta del dormitorio y apareció el rostro de Diana lleno de extrañeza.

Al ver a Diana, al ver que el hombre de las esposas extendía los brazos hacia él, David tomó una súbita resolución. Corrió hacia la ventana, hacia aquella ventana que daba a un patio y debajo de la cual había las correspondientes a cinco pisos, y saltó al espacio.

Diana dió un grito y corrió también hacia la ventana. Se asomó y

vió al fondo una gran claraboya, perforada por un punto. Debajo del boquete estaba el cuerpo ensangrentado de David.

Cuando se constituyó el juzgado en el hotel estaban presentes el doctor Trevelyan, el señor de Holderness y su hijo Neville.

Este, ya de regreso en su patria después de haber amasado una fortuna en Egipto, había llegado con su padre y al mismo tiempo que el doctor y Jeffry a la playa de moda.

La noticia del suceso se expandió rápidamente por la ciudad y todos se aprestaron a interesarse, unos por la que quedaba, otros por el que se había ido.

Después de otras diligencias el juzgado hizo comparecer a la viuda.

Apareció apoyada en una enfermera. Iba vestida de negro y de esta negrura resaltaba el rostro blanco como la nieve, las ojeras azules y profundas que transformaban la tonalidad de los ojos de color de acero.

Instantáneamente se había abier-

to la puerta y, venciendo la resistencia de los gendarmes, penetró en la estancia Jeffry.

Jeffry estaba muy desmejorado. El alcohol había ido trabajando en los dos años últimos. Los pómulos eran agudos y salientes, vaga la mirada, pálida la tez.

—David Furness—gritó—era mi amigo entrañable y deseo conocer toda la verdad acerca de su muerte.

El doctor se apresuró a ponerlo bajo su custodia.

—¡Haz el favor de callar, Jeffry, y no te muevas de mi lado!

Y le sujetó por un brazo, al ver que había entrado Diana.

Neville avanzó hacia ella y la ayudó a sentarse en un sillón después de saludarla estrechándole la mano afectuosamente.

—¡Animo, Diana! Estoy seguro de que no eres responsable de la muerte de David ni directa ni indirectamente.

—Gracias, Neville. Estas palabras son suficientes para que yo olvide todo el mal que me has hecho.

—¿Por qué no me esperaste?

—Porque dudaba de tu amor. No tenía noticias tuyas. Estaba despechada. Ha sido una fatalidad.

Estas palabras habían sido pronunciadas en voz baja, de modo que sólo ellos las oyeron.

El doctor se acercó también a Diana y la saludó paternalmente. El señor de Holderness fué galante y estrechó su mano, antes las súplicas de su hijo.

Pero Jeffry no se movió de su sitio y cuando Diana tendió hacia él los brazos en un ademán de súplica respondió con una mirada de acusación y desprecio.

Realmente, la situación de Diana era delicadísima. ¿Por qué había de suicidarse David cuando toda la dicha del mundo le sonreía?

—La vida de David era honrada y diáfana—sostenía el señor de Holderness—. Ninguna razón confesable puede haberle conducido al suicidio.

Esta era la opinión de la mayoría. La causa de David sólo podía ser una: alguna reminiscencia de la insensata vida que Diana había llevado en los dos años últimos.

Sin embargo, Neville tenía en Diana una fe ciega y por encima de todos los razonamientos, de toda la lógica, estaba su seguridad de que la desdichada no era responsable de la muerte de David.

Y lo mismo sucedía al doctor Trevelyan.

Ni uno ni otro dudaban de la honradez de David, pero los dos creían ciegamente en Diana.

—¡Ella no es culpable! ¡Ella no es culpable!—se repetían sin detenerse a argumentar sobre lo que no tenía argumentación posible.

El secretario manifestó muy cínicamente a Diana:

—Señora: según las declaraciones aportadas por los testigos, está fuera de duda que la muerte de su esposo fué debida a un accidente fortuito. La versión del doctor Trevelyan parece la más verosímil. Acaso la embriaguez.

—¡Eso no es cierto! Diana os lo habrá hecho creer así, pero David no probó en su vida el alcohol.

El que así había hablado era Jeffry.

En vano trató el doctor de detenerle. Estaba loco, los ojos se le salían de las órbitas... David era su mejor amigo, su ídolo y no podía consentir que se le insultara en su presencia.

—En efecto, Jeffry. Eso es inexacto. David no había bebido.

Esta fué la réplica de Diana. Se había puesto en pie. Por un momento la cólera se había impuesto a su dolor y lanzó la franca respuesta en un arrebato irreprimible.

—¿Entonces, señora—preguntó el secretario—queda descartada la hipótesis de una desgracia, de una caída?

—Sí. David buscó la muerte voluntariamente.

—¿Y qué razón tuvo para ello?

—David murió por su honor.

El juzgado, ante declaraciones tan concretas, dió su diligencia por terminada y se retiró.

Las últimas palabras de Diana habían sido para sus amigos como un escopetazo. David había muerto por su honor. Luego ¿tenía razón la gente al sospechar que la resolución de David había sido una consecuencia de la vida licenciosa que Diana había llevado en los dos años últimos de su vida?

Hasta Neville sucumbió a esta falsa evidencia. El concepto que sobre Diana tenía cambió radicalmente. ¿Qué habría hecho durante los dos últimos años para impulsar a David a suicidarse?

Un residuo de su fe pasada se impuso momentáneamente, pero fué ahogado en seguida por la dolorosa convicción que emanaba de las propias palabras de Diana.

Y retrocediendo lentamente, avergonzado de aquella mujer y de su amor hacia ella, con el corazón frío y el paso vacilante salió de la habitación.

* * *

—¿Os habéis convencido?—inquirió Jeffry con horror y alegría al mismo tiempo—. Murió por su honor... murió por aquello que fué norma y faro de su vida. ¡Bravo, David!

Al dirigirse a la puerta, Diana le cogió de un brazo, pero él se desprendió rápidamente.

—¡No me toques! Puedes mancharme de sangre.

—¡Por Dios, Jeffry!

—¡Calla! No nombres a Dios. Todos **sabemos** lo que ha pasado. Sin duda explicarías a David los fondos tenebrosos de tu extraña vida en estos últimos tiempos y él no ha podido sobrevivir a tanta vergüenza... ¡Depravada!

Y siguió su camino hacia la puerta.

Diana se llevó las manos al ro-

tro como si hubiera recibido un latigazo. Cuando descubrió sus ojos estaban húmedos de llanto.

Tocó el turno al señor de Holderness.

—Después de lo ocurrido—dijo mientras estrechaba la mano de Diana—, creo que lo mejor será que no vuelva usted a Inglaterra.

—Vaya usted tranquilo—repuso Diana con sarcasmo.

Después se acercó a Trevelyan.

—Tú eres el único, amigo mío, que tienes fe en mí, y tú eres el único que aciertas. El señor de Holderness tiene razón: será mejor que no vuelva a Inglaterra. Vela por Jeffry y tenme al corriente de lo que suceda. Adiós.

Y echó los brazos al cuello de su viejo amigo y le besó y humedeció de lágrimas las mejillas.

VI

Siete años después, los periódicos de Londres publicaban la siguiente noticia:

Acaba de llegar a Londres, para cuidar de su hermano enfermo, la conocida dama Mrs. Furness, ausente de Inglaterra desde la muerte de su esposo, David Furness, ocurrida hace siete años.

Las agencias de información gráfica se apresuraron a consultar su archivo.

Y sacaron multitud de fotografías, al dorso de las cuales había epígrafes como estos:

Mrs. Diana Furness acompañada del conde de Romey en Longchamps, el día del Grand Prix.

Mrs. Furness acompañada de Felipe Maupin y Luis de Lambert en la terraza del Gran Casino de Monte Carlo.

Mrs. Furness, llegada recientemente a Saint Moritz, acompañada de su nuevo admirador, el conocido sportman Erich de Woehler.

Mrs. Furness acompañada por el archiduque Boris, en la playa de Biarritz.

Mrs. Furness, con el príncipe Abul Hassan, en el Cairo.

* * *

Aquellas fotografías eran como una historia de la vida de Diana en los últimos siete años.

Fueron siete años de locura y de aturdimiento, de peregrinar de ciudad en ciudad y de pueblo en

LA MUJER LIGERA

pueblo derrochando salud y fortuna.

De su patria chica sólo recibía las nuevas que su amigo el doctor le enviaba acerca de la salud de su hermano.

Las noticias eran cada vez menos tranquilizadoras.

El alcohol hacía estragos en el cuerpo de Jeffry.

Por fin, recibió Diana una carta que la obligó a tomar la determinación de volver a su patria.

La carta decía:

He perdido toda esperanza de salvar a Jeffry y aguardo un fatal e inminente desenlace.

Inmediatamente, Diana, después de dar órdenes sobre el envío de su equipaje, se dirigió a la estación de la ciudad en que se hallaba.

Pasando de un tren a otro y tomando finalmente un vapor que la condujo a Inglaterra se presentó en su ciudad querida, en aquel suelo tan amado y del que, sin embargo, tan amargos recuerdos tenía.

Una cosa había callado prudentemente el doctor Trevelyan y era

que Neville estaba a punto de casarse. Pero a Diana le fué fácil averiguarlo. Todos los periódicos hablaban de la próxima boda de Neville con una dama de la buena sociedad, cuyo nombre era Constance.

Aquel primer día fué de amargura y agitación para la pobre Diana. Quiso ver a su hermano y éste le negó la entrada en el palacio de sus mayores.

Era ya de noche cuando Diana salió de la casa de Trevelyan sin haber conseguido verle.

El doctor, según le anunciaron los criados, se hallaba en casa de aquella señorita Constance de que hablaban los periódicos, en una cena que la dama había dado para celebrar su compromiso matrimonial con Neville.

Pero Diana no podía esperar.

El mismo doctor le había dicho que el peligro en que se hallaba la vida de su hermano era inminente. Una hora de retraso podía significar la separación definitiva de los dos últimos Merrik sin que se vieran.

Por eso subió inmediatamente

a su auto y se dirigió al domicilio de Constante, cuyas señas le habían dado los criados de Trevelyan.

Con su admirable pericia, opinió el acelerador y el coche cruzó el campo sombrío como un rayo.

El criado que le abrió la puerta le comunicó que, en efecto, estaba allí el doctor Trevelyan, pero que si no se trataba de algo muy urgente la señora debía de esperar, pues la cena estaba a punto de concluir.

—¡Es muy urgente! ¡Es muy urgente! Hágame el favor de un papel y un lápiz.

Y garabateó dos líneas con mano trémula y nerviosa y entregó la nota al criado.

—Dele usted eso al doctor.

Y en tanto el criado iba a cumplir la orden, Diana volvió al coche y allí esperó a su amigo.

La cena discurría en medio de una felicidad completa. Constance era una mujer joven y hermosa y se la veía completamente enamorada del que había de ser su marido.

También Neville parecía muy

satisfecho, pero, entre todos los comensales, el que más profunda satisfacción demostraba era el señor de Holderness.

—Brindo por la encantadora Constance, que honrará el apellido de Holderness casándose con Neville.

Este había sido el brindis del señor de Holderness.

—Si me caso con Neville—declaró Constance—es porque me empeñé en ello y lo he acosado y no le he dejado ni a sol, ni a sombra hasta que ha pedido mi mano.

—Tu franqueza, Constance, me llena de satisfacción. Eso demuestra lo mucho que me quieras y asegura nuestra felicidad. Sólo faltan tres días para casarnos y créeme que me parece que faltan tres siglos.

En este momento entró un criado y entregó un papel al doctor Trevelyan.

En el decía Diana:

Acabo de llegar, amigo mío, y recurro a ti porque mi hermano se niega a verme. Estoy sola y no tengo ayuda de nadie. ¿Puedes

ayudarme tú? En el coche te espero, a la puerta de esta casa.

Diana

El doctor Trevelyan se puso en pie inmediatamente.

—Ruego a ustedes que me excusen. Un enfermo grave me necesita.

Neville sonrió incrédulamente.

—Debe usted buscar otra excusa más verosímil, amigo Trevelyan.

—Me fuerzas a decir una verdad que puede ser una indiscreción. En efecto, no es un amigo grave el que me necesita: es Diana Furness, la cual acaba de llegar para ver a su hermano que, como sabéis, se halla gravemente enfermo.

La noticia produjo la sorpresa consiguiente y Trevelyan se ausentó, para reunirse con Diana.

* * *

Cada uno de los comensales era presa de una emoción distinta.

—¡Diana en Londres!—exclamó el señor de Holderness—. Su audacia es asombrosa.

—Deseo conocer a esa mujer fascinadora de quien tanto he oído hablar—manifestó ingenuamente Constance.

Y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, se dirigió a la gran vidriera del mirador, seguida de su madre y del señor de Holderness.

Neville estaba inmóvil, como

hipnotizado. Al saber que Diana estaba allí, tan cerca de él, le parecía percibir su perfume y oír el ritmo inolvidable de su voz.

También siguió a Constance a la vidriera del mirador y como los demás levantó su visillo para ver a la sensacional mujer que tan indeleble huella había dejado en su alma.

Vieron como el doctor Trevelyan estrechaba cariñosamente sus manos, subía al coche y éste arrancaba con silenciosa majestad.

Desde fuera se veían aquellos

cuatro rostros pegados a los cristales, todos embargados por emociones diferentes.

El más expresivo de todos era el de Neville.

A través del cristal se veían sus ojos negros desmesuradamente abiertos y con esa impavidez que caracteriza a la fascinación.

Cuando volvieron al comedor se dió por terminada la cena.

Un opresor silencio había caído sobre el corazón de Neville. La única que conservaba toda su alegría era Constance.

—Háblame de esa mujer fascinadora—dijo a Neville—, su vida debe ser muy interesante.

—Querida Constance—intervino el señor de Holderness—, Diana es una mujer a quien no es prudente conocer. En nuestra sociedad se la considera indeseable.

—Sin embargo—replicó Constance—, hay que hacerle justicia en una cosa. Cuando un hombre se ha enamorado de ella, jamás ha podido olvidarla.

—No digas eso, hija mía—replicó la madre—. Ya sabes que Neville fué novio suyo.

—Pero de eso hace mucho tiempo—manifestó el señor de Holderness—. Hace siete años que no la ha visto, es decir, desde mucho antes de conocerte a ti. Entonces los dos eran unos niños todavía. A partir de aquella fecha, ¿quién sabe los amores que habrá tenido esa dama!

Al oír esta cruda alusión, algo inexplicable que se convirtió en un movimiento de protesta, pasó por el alma de Neville.

—Como a ciencia cierta nada sabemos de ella—replicó—, lo mejor es que dejemos estos comentarios que pueden ser injustos y que desde luego son ofensivos.

Inmediatamente buscó una excusa para dejar la casa de su novia, corrió al auto que tenía a la puerta, saltó a él y emprendió una marcha acelerada por el mismo camino que momentos antes había seguido el automóvil de Diana.

Fué inútil todo cuanto hizo el doctor Trevelyan por convencer a Jeffry de que debía recibir a su hermana.

—No quiero verla. Que me permitan morir tranquilo.

El estado de Jeffry era realmente lamentable. Del muchacho de antes sólo quedaba una sombra, una sombra que andaba con paso vacilante y cuyos ojos parecían abiertos en un último esfuerzo, tras el cual se cerrarían para siempre.

Para no excitarlo, Trevelyan no volvió a insistir y después de hacerle sentar en un sillón fué a la puerta para despedir a Diana.

—Es inútil. No quiere recibirte. Será mejor que te vayas y esperemos un momento más oportuno.

—¿Cómo está?

—Muy mal, Diana, muy mal. Peor de lo que yo me creía. Apenas puede ponerse en pie.

Diana contuvo un sollozo.

—¿Durará mucho?

—Quién sabe! Es imposible precisarlo. Puede morirse mañana y puede durar un mes.

—No lo dejes solo. Hazme este favor que tú sólo puedes hacer y avísame en caso necesario.

El doctor volvió a la habitación y se acercó a la ventana para ver marchar a su amiga.

Diana subió al automóvil y fué a partir, pero en este momento llegó otro auto y una voz que salió de él la obligó a detenerse.

Era Neville, el cual después de dar al chofer la orden de regresar, se acercó a Diana en una actitud imploradora y le tendió las manos.

VII

Adivinó Trevelyan que de sus labios brotó una súplica de perdón y debió de ser perdonado en se-

guida, porque Diana abrió la portezuela del coche y le invitó a subir.

X

* * *

Neville consiguió de Diana que condujera el automóvil a su casa y una vez allí logró que subiera con él a sus habitaciones.

Entonces pudo advertir Neville la transformación que en Diana se había experimentado. Estaba más delgada y su mirada de color de acero había ido perdiendo el esplendor para parecer velada por una nube angustiosa.

Su rostro tenía una intensa palidez y sus manos eran más largas y finas. Un vivo nerviosismo animaba todos sus movimientos y en sus labios había un rictus invariable de amargura que daba a su boca la apariencia de una flor agostada.

Sin embargo, no había perdido un átomo de su impresionante belleza. Lejos de ello, estaba más hermosa con aquella palidez de mártir.

Al entrar, lo primero que había visto fué un retrato de Constance.

Diana no la conocía, pero adivinó que se trataba de ella.

—Es Constance, ¿verdad?

—Sí.

—Lo sé todo, Neville. ¿Cuándo es la boda?

—Dentro de tres días.

—Sin embargo, no pareces contento.

—En realidad, no lo estoy.

—¿Por qué te comprometiste?

—Porque antes lo estaba.

—¿Antes estabas contento y ahora no?

—Y ahora no.

—¿Por qué?

—No lo sé. Esta noche ha sucedido en mi algo inexplicable.

Y como si quisiera evitar que Diana le viera el rostro, le volvió la espalda y se dirigió al otro lado del salón.

L A M U J E R L I G E R A

Diana se había dejado caer en un sillón profundo, con su gesto entre gentil y desmayado.

Su cuerpo frágil, de muñeca, parecía absorbido por el gran sillón. Sus velados ojos estaban fijos en un punto distante e invisible. Sus manos pendían inertes por fuera de los brazos del sillón.

Al volverse Neville vió que en una de aquellas manos finas blancas como jazmines, largas como orquídeas, un anillo estaba a punto de caer.

—Has adelgazado, Diana. Vas a perder la sortija de tu mano derecha.

Diana levantó la mano y volvió a su sitio la sortija.

Después contemplando el anillo y sonriendo extrañadamente, dijo:

—Dicen que yo soy como esta sortija, que se desliza y cae con facilidad. Pero en realidad, no ha llegado al suelo nunca, así como yo me he librado siempre de las caídas.

—¿Es eso cierto? —preguntó Neville con avidez.

—¿Qué te parece a ti?

Vaciló Neville.

—Habla francamente, amigo mío. Te anticipo mi perdón.

—Pues bien, Diana: tengo mis dudas. Se ha hablado tanto de ti...

—Eso no es una razón. A veces es más peligroso el silencio que el ruido.

—Aquel día, Diana, aquel día inolvidable por lo doloroso, en que nos encontramos en una playa de moda, tú misma arrojaste barro sobre ti. Tu confesión fué clara y rotunda, acuérdate. Dijiste: David ha muerto por su honor.

—Y por su honor murió. ¿Pero acaso su honor había de ser forzosamente el mío?

Un atisbo de lo que en realidad había sucedido pasó por el pensamiento de Neville.

—¿Qué sucedió, Diana? ¡Cuéntamelo todo!

Se había acercado a ella y demandaba con anhelo.

Los recuerdos pasaron por la frente de Diana. Todo lo evocó, todo lo habría podido decir tal como había sucedido, sin olvidar detalle, pero algo muy hondo y muy firme la hizo callar.

—Nada puedo contarte, Nevi-

lle. Sucedió lo que tú sabes y nada más.

Y encendió un cigarrillo y aspiró el humo cerrando los ojos.

Las manos de Neville se crisparon.

—¿Ves, Diana, ves? ¿Cómo quieras que no desconfiemos?

—Yo no quiero nada, Neville. Eres tú el que has pedido. Yo me he limitado a complacerte en la medida que me ha sido posible. Cuando yo callo, lo hago a conciencia, sabiendo lo que del silencio puede sobrevenirme.

—Pero, ¿qué es lo que callas?

—Nada, Neville. Dejemos eso.

—¡Eres cruel, eres cruel!

—¡Basta!

Y Diana se puso en pie en una convulsión.

—Si me has hecho subir a tu casa para insultarme, más me hubiera valido desairarte.

Y como se dirigía a la puerta, Neville la detuvo.

—No te vayas, Diana. Ten compasión de mí. ¡No me dejes después de haberme dejado durante tantos años!... ¡Perdóname!

Diana se le quedó mirando.

—No te comprendo, Neville. Vas a casarte con una mujer hermosa de la que, según cuentan, estás enamorado. ¿En qué puede hacerte sufrir que yo sea de un modo u otro?

—Vas a saberlo, Diana—repuso Neville con decisión—. ¿Crees que amo a la mujer con quien voy a casarme?

—Eso creo.

—Pues bien, Diana: no la amo. Me caso con ella a la fuerza. En este momento veo bien claro que no seré feliz con esa mujer. Ahora, esta noche, me he dado cuenta que mi prometida ha tenido razón al decir que quien te amaba una vez no te olvidaba nunca.

Dió dos paseos por la estancia y volvió a detenerse delante de Diana.

—No puedes imaginarte lo que he sufrido. Al tomar la resolución de olvidarte fué como si hubiera tomado la resolución de dejar de vivir. Diariamente llegaba a mí tu nombre y tu retrato en las páginas de periódicos y revistas. Era una tortura. No me di cuenta de lo que te amaba hasta que te perdí. Yo

me creía más fuerte; yo me creía capaz de soportar todos los revéses de la vida. Esta vez, sin embargo, me he comportado como un colegial. Te veía dormido y despierto, siempre tenía presente el sonido de tu voz, el fulgor de tus ojos, el resplandor de tu sonrisa. De no haber sido por mi padre que me animó y me fortaleció en esos momentos difíciles, yo habría ido a buscarte. En Egipto estuve a punto de hacerlo. Ya lo tenía preparado para huir. Gracias a que en aquel momento una carta de mi padre me volvió a la razón. Ha sido una odisea. Cuando supe que te habías casado, la ira y el despecho aliviaron un tanto mi amargura, pero me enteré después de tu desgracia y un rayo de esperanza volvió a iluminar mi corazón. Entonces sucedió lo que tú ya sabes. Yo fuí allí con la esperanza de que todo cuanto de ti se había dicho fuera mentira. Y entonces me encontré con que tú misma daban la razón a los murmuradores. Supondrás lo que pasó por mí. Salí de aquella habitación decidido a

olvidarte. ¿Pero crees que lo logré? Jamás te he amado tanto como entonces. No era ya amor: era obsesión, una obsesión torturante que no me dejaba minuto de reposo. Por fin, después de varios años de lucha, esta pobre Constance me ha ayudado a vencer. Y he aquí que cuando yo ya creía segura la victoria, has llegado tú para mostrarme que también esta vez había sido todo una ilusión.

Hablaban con voz opaca ahogada por el pesar, con una voz remota de sonámbulo.

Diana le había escuchado con creciente interés, y finalmente se levantó, se acercó a él, le cogió por los brazos y le dijo mirándole a los ojos:

—Lo mismo, exactamente lo mismo me ha sucedido a mí.

—No, Diana. Eso no puede ser cierto. En estos últimos años has tenido los admiradores a centenares. Alguno de ellos habrá hecho mella en tu corazón.

—Te juro que no. Te juro que ni siquiera con el pensamiento te he sido infiel.

—No puedo creerte.

—Ni yo lo espero. Pero eso no obsta para que te diga que sólo a un hombre he dicho en la vida que le amaba y ese hombre eres tú.

—Recuerdo que fuiste esposa de David.

—Pues bien, ni siquiera David ha escuchado esta confesión de mis labios. Yo me casé con David por lo mismo que tú ahora vas a casarte con Constance. Busqué en él una ayuda para olvidarte.

—Pero después has paseado en triunfo por el mundo tu hermosura. Has tenido la adoración de Príncipes y Reyes.

—Sin embargo, ninguno de ellos logró hacer que te olvidara un solo segundo. Te amo, Neville, te amo. Te he amado siempre. Gra-

cias a este amor, la sortija no ha caído nunca de mi mano.

Le miraba de tal modo, que Neville no pudo menos de darse por vencido.

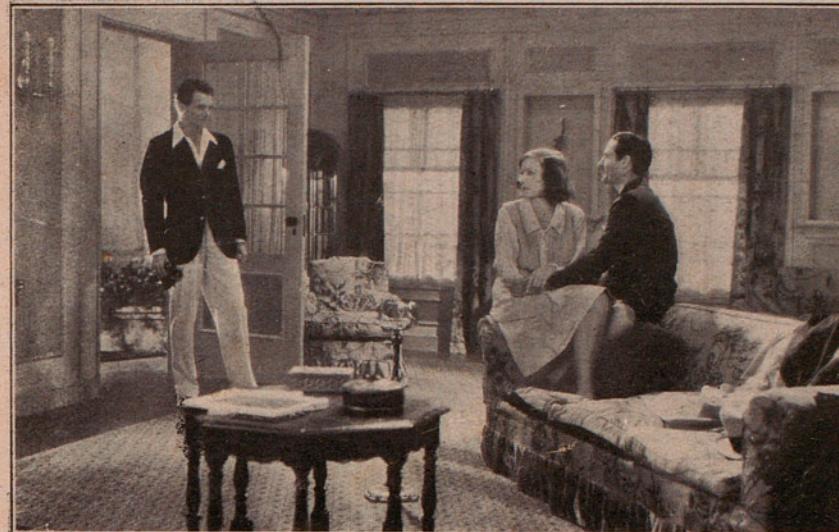
—Si es verdad que me amas, di que sí a lo que voy a pedirte.

—Sí, Neville.

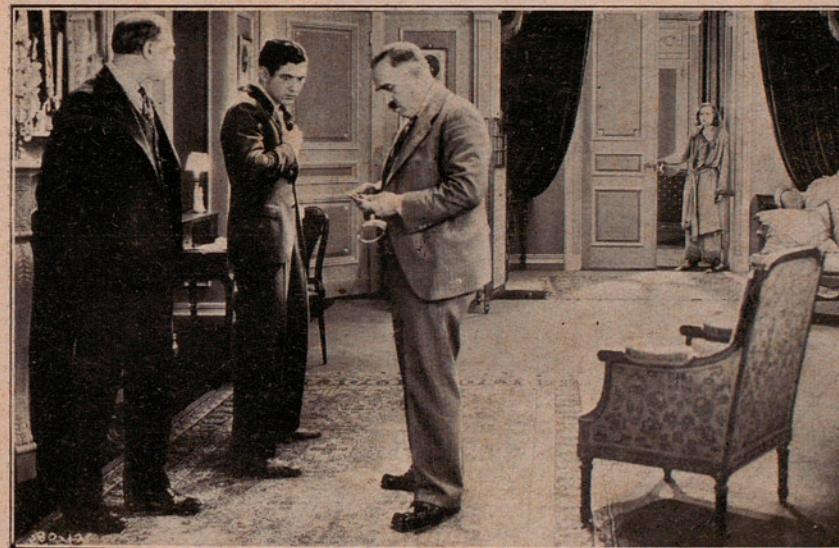
Estaba sentada en el profundo sillón. Tenía el brazo derecho pendiente y la sortija había resbalado hasta la punta del dedo. Neville se acercó, se dejó caer sobre ella lentamente y al mismo tiempo que los labios se unían en un beso infinito, la sortija cayó al suelo con un timpánico sonido de oro.

Y con la sortija, cayó Diana por primera vez.

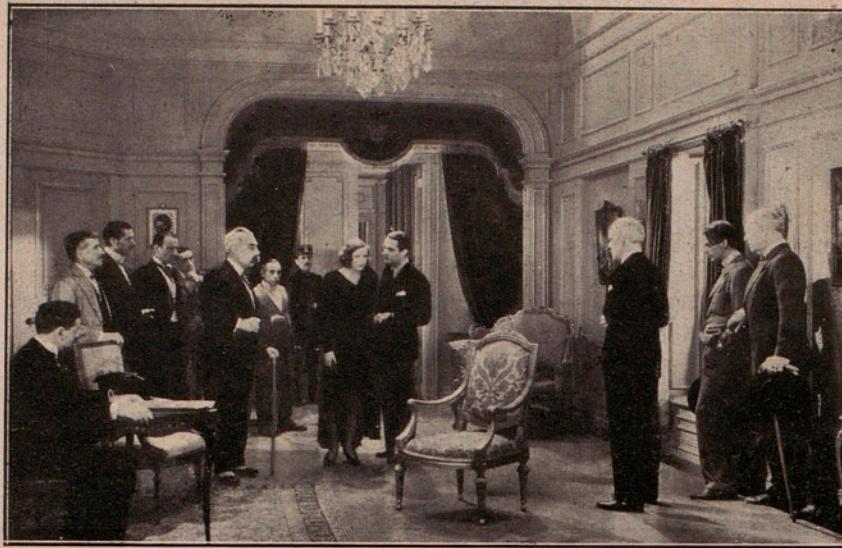
En el reloj del salón habían sonado las doce.



—¿Cómo podéis estar aquí tan tranquilos mientras David disputa el campeonato de Inglaterra?



...se abrió la puerta del dormitorio y apareció el rostro de Diana lleno de extrañeza.



Neville avanzó hacia ella y la ayudó a sentarse...



— En efecto, Jeffry. Eso es inexacto. David no había bebido.



En vano trató el doctor de detenerle.



— Brindo por la encantadora Constance...



— No quiero verla. Que me permitan morir tranquilo.



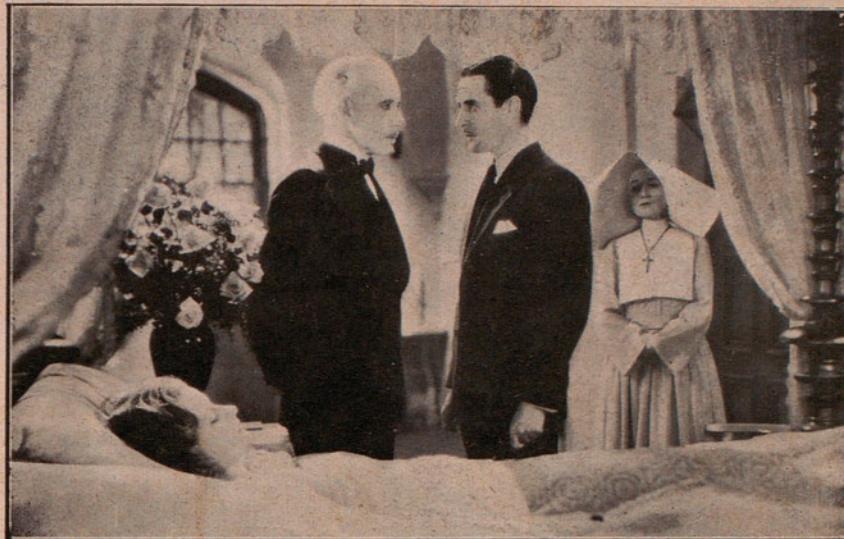
— Es Constance, ¿verdad?



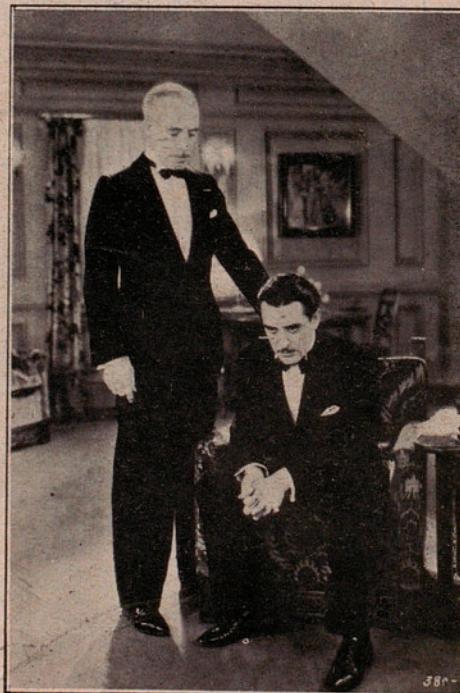
Le miraba de tal modo ..



— Ya estamos en Inglaterra, Trevelyan



— Vete, Neville. No es conveniente que te vea ahora.



— Créeme, Neville. Deja las confidencias para otro momento.



— ¿Podrían dejarse ya?



— No te dejaré, Neville.



— ¡Silencio, Trevelyan!

VIII

El doctor Trevelyan se había sentado al lado de Jeffry y había comenzado a contarle historias para tranquilizarle.

Jeffry se mostraba cada vez más sereno, más inmóvil. Apoyada la cabeza en el respaldo del sillón miraba ante sí sin parpadear, respirando rítmicamente. Durante más de una hora estuvo hablando el doctor y durante más de una hora fué escuchado religiosamente.

De pronto, en uno de sus ademanes golpeó una pierna de Jeffry y entonces advirtió que algo

extraño le sucedía. Movió aquella misma pierna y vió que obedecía a su voluntad como una cosa muerta.

Le llamó, le golpeó el rostro. No se movía un solo miembro de aquel cuerpo. Unicamente el pecho se mecía a impulsos de la profunda y acompasada respiración.

Comprendió que no había nada que hacer. Esperó a que aquella respiración se extinguiera, y entonces avisó a los criados.

Recordó en seguida las palabras de Diana: "Si sucede algo avísame inmediatamente."

Y al pensar en ella sintió lo que hasta entonces no había sentido. Un hondo pesar, una aflicción pro-

funda le invadió. ¡Pobre Diana! Sobre sus infinitas penas iba a caer ahora la de la muerte de su hermano... la de la muerte de su hermano sin haber logrado verlo.

Salió dispuesto a llamar a Diana y entonces se vió en el trance de que no sabía dónde la podría hallar. Seguramente estaba en un hotel, pero ¿en qué hotel?

Visitó algunos y comunicó por teléfono con casi todos.

Por fin recordó una escena vista desde la ventana de la habitación del difunto. Neville que llegó en un auto. Diana que iba a partir en otro. Por fin se fueron *los dos* en el de Diana.

No perdió el tiempo en más argumentaciones para decirse que Diana estaba en casa de Neville.

El había sabido ver siempre lo que sucedía en el alma del joven, incluso en aquellas últimas semanas en que el amor de Constance le había transformado. El sabía que toda esta alegría era exterior y aparente. El sabía que Neville amaba a Diana y que toda lucha por expulsarla de su corazón sería inútil.

A Diana, quien la amaba una vez la amaba siempre. No en balde era una mujer muy distinta a todas las demás, no sólo por hermosa, sino por perfecta espiritualmente.

En cuanto a ella, no había que ser un lince para ver que sólo vivía para Neville, que todos sus esfuerzos se cifraban en olvidar lo que era inolvidable, que se consumía de amor por aquel hombre cegado por el orgullo e influído por la quedad sentimental de su padre.

Siempre, siempre había defendido a Diana, se hallase donde se hallase y en presencia de quienquiera que estuviese.

Cuando las revistas y los periódicos traían a la sociedad ecos de aquella peregrina de amor, él sabía ver lo que había de frivolidad y había de amargura en aquellas audacias deportivas, en aquellos paseos a caballo con un príncipe indio, en aquellas carreras de canoas, en aquellas jugadas en Monte Carlo que hacían renovar la banca varias veces.

El conocía a Diana, sabía el rico caudal de sentimientos que en-

cerraba su corazón, había sido testigo de su amor hacia Neville, primero y único y veía claramente, aun desde tan lejos, la angustia que oprimía el corazón de la muchacha cuando sonreía al lado de un príncipe a los cien objetivos de los fotógrafos.

Por eso, cuando en su presencia se hacían comentarios desfavorables a Diana, salía siempre en su defensa.

—Ustedes no saben la verdad —decía—. Ustedes no conocen a Diana.

* * *

Sin embargo, conforme se acercaba a la casa solariega de Hollerness, una duda le asaltó y le confundió el pensamiento.

¿Por qué habría permanecido Diana toda la noche al lado de Neville? Para hablar y recordar bastaba con una hora. Ella debió comprender el peligro que esta intimidad, esta proximidad de dos corazones que se aman y van a perderse significaba.

“Dos corazones que se aman y

Ahora mismo, al adquirir la certeza de que estaba con Neville, al darse cuenta de que esto equivalía a haber pasado la noche con él, se dijo que sería capaz de jugarse la vida por el honor de Diana. Diana no había caído nunca; Diana no habría caído tampoco aquella noche, a pesar de que amaba a Neville con ese amor exclusivo e invariable de que sólo son capaces ciertos corazones privilegiados.

Y con esta firme convicción se dirigió a casa de Neville.

van a perderse.” Esta idea quedó en su pensamiento sin compañía de ninguna otra, sola y brillante como un faro. Y todas las ideas siguientes fueron una consecuencia de ella. Años y años había ido Diana por el mundo con la cruz de un amor imposible, años y años convenciéndose de que nada ni nadie podría desterrar aquel amor, años y años alimentando aquel sentimiento...

¿Habría podido ahora sobrepo-

nerse al encontrarse con Neville y saber que al día siguiente le volvería a perder para continuar su éxodo de desamor por la vida? Si era una mujer apasionada y amaba a Neville con aquel amor tan glorioso, tan único, tan inquebrantable, ¿no era lógico pensar que sus nervios y su alma y toda ella hubiera sucumbido a la locura al ver de cerca a su ciegamente adorado Neville, al sentirlo sólo de ella aunque fuera por un momento en la intimidad de su casa?

Cuando el taxi que había tomado se detuvo ante la casa de Holderness, por aquella parte del edi-

ficio cuya puerta comunicaba directamente con las habitaciones de Neville, el doctor Trevelyan ya no tenía en el honor de Diana aquella fe ciega que hizo de él en todo momento su único y ferviente defensor.

Ya el sol había remontado el horizonte y caía oblícuamente, con resplandores de oro, sobre los cristales de la casa. Todo había despertado alegremente a gozar de la extraña caricia. Por un día, la niebla se había desvanecido y el astro de luz y de fuego ponía una caricia irónica sobre el nublado corazón del doctor Trevelyan.

* * *

Entró en la casa. No se dejó anunciar por el criado. Estaba decidido a comprobar lo que había de cierto en sus sospechas.

En la antecámara se tropezó con Neville.

—¿Dónde está Diana?

—Diana no está aquí.

Pero los ojos del doctor Trevelyan habían hallado ya una prueba de la permanencia de Diana en

las habitaciones de Neville.

Se dirigió a un sofá que había a un lado de la estancia y señaló el chal y el sombrero de Diana.

—Después de esto, es inútil que prosigas la comedia.

—¡Es impropio de usted este acto de espionaje!

—Es preciso que vea a Diana inmediatamente. ¿Dónde está?

Neville callaba obstinadamente,

pero la puerta del dormitorio se abrió y apareció Diana.

—¿Qué ha pasado, amigo mío? ¿Acaso mi hermano?...

—Ha muerto.

Un grito de dolor y de remordimiento se escapó de los labios de Diana. Despues preguntó:

—¿Cuándo ha sido?

—A media noche.

Inmediatamente el pensamiento de Diana reprodujo la escena ocurrida entre ella y Neville a aquella hora.

Su sortija, aquella sortija que se empeñaba en resbalar y jamás había llegado al suelo, cayó con un vibrante sonido de oro. Inme-

diatamente sonaron las doce. Inmediatamente se sintió dominada por los besos enloquecedores del único hombre que había oido de sus labios la sublime confesión de amor.

Aterrada, miró a Neville y comprobó por su actitud que también él recordaba...

Abatió la cabeza, se puso el sombrero y el chal y salió de aquella casa en que se había dejado el honor en un momento de locura.

Su rostro tenía el color de la nieve. Gracias al brazo paternal de Trevelyan pudo llegar hasta el auto sin caerse.

IX

Un año más.

En el regio comedor del palacio de Holderness, están cenando Constance y Neville acompañados del padre de éste.

La cándida belleza de Constance resplandece como la plata y el fino cristal de Bohemia. Constance está realmente hermosa. El vestido ciñe sus formas virginales, el escote descubre primores de rosa y de alabastro y sobre todo esto centellean sus ojos ingenuos, de niña.

Un criado va y viene sirviendo la mesa. El señor de Holderness charla con Constance sin cesar.

Neville calla obstinadamente. Los platos pasan por delante de él sin apenas ser probados. En cambio, el vino de Burdeos mengua sin cesar en la botella.

Neville ha perdido mucho en el año último. Está más delgado y aquella vibración de juventud que antes le animaba ha desaparecido de él.

Parece indiferente a lo que hablan Constance y su padre. Su mirada demuestra que tiene el pensamiento muy lejos de allí.

Bebe constantemente y hay en sus manos un nerviosismo nuevo en él.

Constance le mira de reojo y disimula su inquietud hablando con el señor de Holderness, pero todos sus esfuerzos para disimular su tristeza son vanos. En sus ojos aparece una densa nube de pesar.

—¿Por qué estás tan triste, Constance? —le pregunta intencionadamente el señor de Holderness.

L A M U J E R L I G E R A

—No sé, no sé... Acaso sea que voy perdiendo la esperanza de tener un hijo...

Y, volviéndose a Neville y sujetándole el brazo con que va a beber, le pregunta:

—¿Qué dices tú a eso, Neville?

—¿Qué quieres que diga? Es una pregunta tonta.

Y se desprende sin ninguna delicadeza de la mano afectuosa de Constance y apura el vaso.

Constance calla resignadamente. Pero el señor de Holderness dice:

—De algún tiempo a esta parte bebes demasiado, Neville.

—¡Bah! ¡Qué importa!

—Hija mía, cada día estás más hermosa. No comprendo como tu marido tiene ese aire de aburrimiento. Seguramente no existe en Inglaterra otra mujer comparable a ti. Por consiguiente, no debes estar celosa.

En un desesperado movimiento, Neville se pone en pie.

—¡Comprendo tu alusión! ¡Parecéis haberos confabulado para

hacerme la vida imposible con vuestras reticencias sobre Diana!

Constance se echa a llorar. El señor de Holderness replica con dureza:

—Ni yo he hecho alusión ninguna, Neville, ni tienes derecho a ofender a tu mujer.

Al ver llorar a Constance, comprende Neville su rudeza.

—Perdóname, Constance. Estoy loco... Me voy a dar un paseo. No puedo contener mi nerviosismo.

Y se va. En el comedor quedan solos el señor de Holderness y Constance, mirándose.

—Debemos ayudar a Neville —dice el padre compasivamente—. Está atravesando una crisis peligrosa.

—Sí, necesita nuestra ayuda.

—Los nervios tienen estas alteraciones inexplicables.

—Inexplicables no. El mal de Neville no es ningún misterio. Neville no ha podido olvidar nunca a Diana. Nuestro matrimonio fué una imprudencia.

* * *

Era cierto, ciertísimo. Neville no había podido olvidar a Diana. Cada vez resultaba más indudable lo que Constance sostenía: quien amara una vez a Diana no la olvidaría nunca.

Tras las primeras semanas de matrimonio, la compañía de Constance llegó a hacerse insoportable para Neville.

Al principio le sirvió de consuelo. Ahora no hacía sino invitarle a comparaciones enojosas.

Pasó días y días interminables de tortura. Un día probó a refugiarse en el alcohol y el resultado fué tan satisfactorio que desde entonces no dejó de beber.

Sólo así le era soportable aquel abismo de dolor y desesperación en que había caído. Sólo así pudo ir sobrellevando su cruz sin tomar una resolución desesperada.

Las reacciones eran espantosas pero él volvía a beber y a olvidar inmediatamente.

Tras la noche inolvidable de

amor con Diana, y cuando ya estaba dispuesto a abandonarlo todo por ella, sobrevinieron desagradables escenas que una vez más provocaron la ruptura.

El terror de su pecado había hecho a Diana un tanto arisca, en medio de su profundo dolor de saber muerto a su hermano sin haber logrado verle.

Su hermano se había ido desdenándola, creyéndola culpable y no ya sin razón, porque en aquel mismo momento de su muerte, ella dejaba de ser la mujer digna y fuerte que siempre había sido, para convertirse en la mujer ultrajada que su hermano la creía.

Esto y una nueva alusión de Neville a la inexplicable muerte de David fueron lo suficiente para que el hilo en tensión se rompiera.

Otra vez Diana había huído de su patria y otra vez surgió la tragedia en aquellos dos corazones distanciados que necesitaban vivir unidos.

El amor de Neville había experimentado una transformación. Al principio iba unido a una sombra de fe en Diana. Ahora su fe había desaparecido.

Veía en Diana la mujer fatal que destroza la vida de un hombre. La mujer que debe ser rechazada y que, sin embargo, ejerce un poderoso magnetismo sobre cuerpo y alma.

Diana era el abismo y el amor de él, el vértigo que atrae hacia el fondo.

Los sueños de antes eran ahora pesadillas. Los ojos de color de acero de Diana no iluminaban nostálgicamente sus recuerdos sino que los enturbiaban con aquel centelleo que él juzgaba venenoso.

No la veía reflejada en el fino cristal de Bohemia ni el champaña dorado. Su imagen se le aparecía ahora sobre el color sangriento del vino y en medio de la sombra densa de su habitación durante las noches angustiosas en que vanamente se revolvía en el lecho buscando posturas propicias al descanso.

Y este amor era mucho más fuerte, mucho más violento que el

que antes sentía. Era un amor que anulaba la voluntad, se sobreponía al honor y hacía pensar en el suicidio.

“Moriré, seré una víctima más de ella”, se decía. “Moriré como Jeffry, agotado por el alcohol, o moriré como David, suicidándome.”

Se sentía como en lo alto de una vorágine que fatalmente había de atraerlo al fatídico fondo. Y cada vez que pensaba en su muerte, aumentaba el horror contra aquella mujer que había destrozado su vida. “Seremos tres”, se decía. “Seremos los tres primeros de una serie interminable.”

Cada vez se sentía más inútil para el trabajo. El alcohol no sólo había influido en sus nervios, sino que también en su mente. Acaso se volviera loco.

¿Cuántas veces se despertó a media noche sobresaltado por sus propios gritos? Al encender la luz siempre encontraba a Constance a su lado. Había acudido a auxiliarle. Y su presencia le desesperaba más aún. No quería verla a ella.

Quería ver a Diana. Quería abrazarse en aquel amor de perdición.

Quería morir de una vez.

Y como una sombra iba de ga-

rito en garito, dejando su honor, su salud y su dinero.

¿Cuánto tiempo duraría la pesadilla?

El doctor Trevelyan seguía por los periódicos la vida de Diana. Al principio sucedió lo que había sucedido las veces anteriores. Diana brillaba trágicamente sobre la cumbre de la adoración general. Al doctor Trevelyan le parecía verla correspondiendo a las galanterías con una sonrisa mundana en tanto su corazón sangraba por dentro.

Otra vez su nombre apareció junto al de otros famosos en toda Europa. Diana iba a cacerías y asistía y tomaba parte en espectáculos deportivos. Diana cruzaba los caminos a caballo y las pistas en automóvil. Diana jugaba.

Y triunfaba siempre, triunfaba en todo.

Pero el doctor sabía las consecuencias que estos triunfos suelen tener. Diana era fuerte, pero tam-

bien lo era Jeffry y al fin había sucumbido a su proceder anormal.

El doctor Trevelyan repasaba diariamente los periódicos, seguro de que un día u otro las noticias triunfales habrían de convertirse en tristes nuevas.

Poco a poco los periódicos fueron dejando de nombrarla y su efígie fué desapareciendo de las revistas de moda.

Al fin dejó de saber de la vida de Diana.

Sospechando algo doloroso, pensó escribirle. ¿Pero dónde? Ignoraba su paradero.

Pensando estaba el modo de averiguar su domicilio, cuando un periódico le evitó el trabajo. Era una noticia en la que se hablaba de la precaria salud de Diana y del refugio que había buscado en

una finca enclavada en lo alto de los Alpes.

El doctor Trevelyan se formó en el acto la resolución de ir en su busca y aquel mismo día salió de Inglaterra.

La alegría de Diana al verle fué inmensa.

Se arrojó llorando a sus brazos como si Trevelyan hubiera sido su padre.

Lo primero que hizo el doctor fué reconocerla y comprobó con inmenso placer que todo se reducía al agotamiento natural de quien lleva una vida desordenada.

Diana estaba muy desmejorada. Nada quedaba ya de aquellas fuerzas que tantos triunfos deportivos le valieron.

Había adelgazado. Se había espiritualizado. Se la adivinaba mucho más capacitada para el sufrimiento. Era como si el espíritu hubiera brotado a flor de piel y recibiera directamente el choque de las emociones.

Esto último se patentizaba en sus ojos. No eran ya unos ojos velados por una nube de tristeza, si

no unos ojos resplandecientes de dolor.

El martirio, el crudo calvario, al no hallar la existencia de un organismo fuerte, parecía haber inflamado su alma.

El doctor le acariciaba las manos y los cabellos. No lo habría hecho más dulcemente si Diana fuera una niña de pocos años.

—Hay que hacer un esfuerzo, Diana. No tienes nada y estás propensa a todo. Cualquier ataque te dominaría. Ni tu sangre, ni tu espíritu, ni tus miembros tienen armas defensivas. Tu cuerpo es como un terreno abonado sin sembrar. Cualquier semilla que cayera en él germinaría rápidamente. Es preciso que me obedezcas. Es preciso que te salves.

—Para mí no puede haber ya solución, amigo mío. Mediante un esfuerzo sobrehumano, conseguíramos sacar el cuerpo a flote, pero el espíritu quedaría anegado en el cieno del fondo.

—Todo saldrá a flote, te lo aseguro. Aquí estoy yo para ayudarte. Sólo por eso he venido desde Inglaterra.

—Desengáñate, Trevelyan. Hay enfermedades de las que no se cura. Por otra parte, yo no tengo interés ninguno en curarme. Para mí la curación representa el sufrimiento, la tortura continua. Bien sabes que tengo un pensamiento, una obsesión que gotea como plomo derretido en mi cerebro, sin alivio ni tregua.

—¡Y pensar que todo ha sido por culpa tuya!

—Culpa no, amigo mío. No puede haber culpa en lo que yo he hecho.

—No sé, no sé. Un suicidio es un crimen. Sacrificarse por los demás es noble, pero cuando este sacrificio es de tal especie que en tanto consigues remontar a otro se hunde uno mismo... no sé hasta qué punto puede ser noble. Debiste haber hablado francamente aquella noche.

—¡Silencio, Trevelyan! Ya sabes que no quiero hablar de este asunto.

—¿Y si hablara yo?

—Tú callarás, querido, porque tú eres tan noble como yo.

—Pero mi afecto hacia ti es superior a todo lo demás.

—Basta, Trevelyan. Hablemos de otra cosa. Decías que has venido a salvarme...

—Y te salvaré. Pero antes de dejar este asunto quiero que sepas una cosa. ¿Crees que has conseguido algo con tu sacrificio? ¿Crees que siquiera has logrado salvarle a él? Pues bien, tu silencio ha hecho una víctima más. Primero aceleró la muerte de tu hermano, ahora está perdiendo a Neville.

—¿A Neville?

—Sí. Neville bebe como bebia tu hermano. En este año último se ha convertido en una sombra de lo que era. Constance ha llegado a hacérsele insoportable. Su amor hacia ti se ha convertido en obsesión, en locura.

—¿Y qué piensa de mí?

—Lo que piensan todos: que eres una mujer sin honor.

—¡Oh, esto es horrible!

—Tú tienes la culpa. Tu abnegado silencio te ha llevado a eso. ¿Estás segura de que David te lo agradecerá?

Pero Diana se enjugó los ojos, hizo un sobrehumano esfuerzo y exclamó:

—Ya sabía lo que había de ocurrirme y no me arrepiento. No lo lograrás hacerme faltar al juramento que me hice a mí misma. Háblame de otra cosa. Decías que pensabas salvarme...

El doctor Trevelyan se encogió de hombros con un gesto más de amargura que de indiferencia.

—Y te salvaré.

—¿Cómo?

—No lo sé aún. Déjame que lo piense.

Al día siguiente ya se había formado sus planes Trevelyan. Partirían inmediatamente hacia Inglaterra.

Diana se horrorizó.
¡A Inglaterra no!

—Sí, a Inglaterra. A tu tierra natal. A volver a ver todo lo que te ha sido familiar. Las cosas nuevas aturden como el vino. Las viejas, las conocidas, procuran en cambio el reposo. Y eso es lo que tu espíritu necesita: reposo.

—Y ¿adónde iré que no se me desprecie ni se me avergüence? ¿No comprendes que en Inglaterra sufriré más que aquí?

—Estarás en mi casa. Te defenderé yo. Nadie se atreverá a molestarte. Allí hallarás todo lo que necesitas y estoy seguro de que mi amistad te servirá de mucho.

Y aquella misma noche salían para Inglaterra.

Estaban en la casa de Trevelyan. Diana, en la encristalada galería, leía un libro. El doctor pasaba.

—Ya estamos en Inglaterra, Trevelyan, ya estamos en nuestra Inglaterra. Ahora prepárate a recibir las críticas de la gente por haberme traído.

El doctor sonrió.

—La gente es muy piadosa—dijo irónicamente.

—Ni siquiera a ti, tan recto, tan sensato, tan prudente, te respetarán.

—¿Y qué?

—Me extraña que digas eso. A ti siempre te ha preocupado el qué dirán.

—Y me preocupa. Pero cuando pienso en el gran sacrificio que has hecho tú, todo cuanto pueda

hacer por ti me parece poco. Lo importante es que tú estés mejor.

—Realmente, vivir aquí es descansar. Siente una la tranquilidad de la casa propia. Dentro de algunas semanas estaré de nuevo en disposición de partir.

—Eso son palabras mayores. Ahora te costará salir de aquí. No quiero tener que saber de ti otra vez por los periódicos. No quiero seguir tu pista por las noticias periodísticas como si fueras una gran delincuente fugitiva.

En este momento sonó la campana del jardín y entró en él la figura de una persona conocida, y más que conocida, inolvidable.

Era Neville.

Al verle, se puso Diana en pie y exclamó con terror:

—¡Es él, es él!

—¿Quién?

—¡Neville! Que no me vea. El no debe saber que estoy aquí. Por Dios, no le digas nada. ¡Ocúltame!

—¿Dónde? Por aquí no hay salida. Ya se oyen sus pasos.

Diana tuvo el tiempo justo para volver la hamaca de espaldas y sentarse.

Entró Neville...

Su rostro estaba desencajado. Se advertía en él la falta de descanso y el exceso de alcohol.

Al oír su voz se horrorizó Diana. Parecía la voz de otro hombre.

—Perdóname, Trevelyan, si he venido a molestarle. Pero usted es la única persona a quien se puede comunicar un secreto. Usted es un viejo amigo al que no se le pueden regatear confidencias. Y hay confidencias que le asfixian a uno, que es preciso soltarlas si no quiere uno estallar.

Y comenzó a pasearse de un lado a otro retorciéndose las manos.

—¿No me dice usted nada? Aun sigue odiándome. ¿Qué le he

hecho yo a usted para que me deteste?

—¿Por qué he de odiarte, Neville?

—¿Cree usted que no lo he advertido? Nunca me ha mirado usted con buenos ojos. Y menos dese... ¿Recuerda usted una mañana que vino a mi casa en busca de una mujer?

—De Diana.

—Eso es... esa misma.

—¿Por qué no la nombras?

—Es lo mismo—repuso Neville evasivamente—. Pues bien, desde aquella mañana, usted, no sólo no me mira con buenos ojos, sino que me detesta. Lo sé, lo sé. No diga usted que no.

—Créeme, Neville. Deja las confidencias para otro momento y vete a casa a descansar. Estás muy nervioso.

—A descansar. ¿Cree usted que yo descanso en casa? Mi casa es para mí un infierno. Usted dice que ahora estoy nervioso. Pues bien, si me fuera a casa enloquecería. Siempre, siempre estoy nervioso. También desde aquella noche, he cambiado yo mucho. Cada

vez me hundo más. Cada vez es más grande el montón de ideas inconfesables que se acumula en mi cerebro. Por eso he venido. Necesito que alguien me escuche. De lo contrario, mi cabeza acabará por estallar.

Trevelyan le contemplaba compasivamente. No estaba embriagado. Acaso aquel día hubiera bebido menos que ninguno, pero las consecuencias del alcohol en su cuerpo eran bien patentes. Su aturdimiento mental era producto de una neurosis pasajera, de una de esas neurosis circunstanciales provocadas por una preocupación y que desaparecen con ella.

* * *

El doctor miraba a Neville severamente, al ver el desaire que había hecho a Diana.

—¿Ya has dicho todo lo que tenías que decir?

—No... ¡Por favor! ¡No me despida! Escúcheme. ¡Escuchadme los dos! No puedo soportar a la pobre Constance ni al mundo que

De pronto se oyó como un gemido. Era Diana que, oyéndole, sabiéndole tan desgraciado, no había podido contener las lágrimas.

Los dos volvieron la cabeza hacia la galería y Neville avanzó unos pasos.

Al ver a Diana, se conmovió y se estremeció. El rostro se le desencajó más todavía. Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¡Diana!

Y, en vez de avanzar hacia ella, retrocedió, como si hubiera visto al demonio.

En la hamaca, doblada la cabeza y medio oculta entre las manos el rostro, seguía llorando Diana.

Diana por el honor que defendía tu padre.

—¿Acaso no tenía razón?

—Estás loco!

—Todavía no. Todavía puedo comprender que mi padre tenía razón al tratar de separarnos. La conducta de Diana no era la más adecuada para dignificar a un hombre.

—¡Basta, Neville! ¡Vete de esta casa para siempre!

—No quiero irme. Usted es médico, yo soy un enfermo. Tiene el deber de escucharme y de salvarme. Mi mal es bien sencillo: Diana. Esa mujer me matará, como mató a David Furness.

Se crisparon las manos de Trevelyan. Vaciló por un momento entre abofetear a Neville o decir toda la verdad.

Fué magnánimo y se decidió por lo último.

—¡Oyeme, Neville! Diana no tuvo la culpa de la muerte de Furness y si tuvo la abnegación de callar, fué para guardar limpio el nombre de su esposo.

Neville le asió ávidamente por las solapas.

—¡Por Dios, explíquese! ¿Qué quiere usted decir?

—No puedo decirte más. Diana me hizo jurar que no revelaría a nadie su secreto.

Cuando salió de su perplejidad, de su estupefacción vió que Diana se había desvanecido y que el doctor la conducía en vilo.

La acostaron.

—Vete, Neville. No es conveniente que te vea ahora.

Y Neville tuvo que obedecer.

me rodea. Sólo un pensamiento vive en mí. Yo no soy más que eso: un pensamiento: Diana... Diana... Mírela, Trevelyan. Esa es, esa es la mujer que me ha perdido. Me volveré loco, me volveré loco...

—Debías haberlo pensado hace diez años, cuando sacrificaste a

XI

Diana se había restablecido rápidamente. Los cuidados de Trevelyan y el consuelo de su compañía habían dado el resultado apetecido.

Salía frecuentemente en su auto a buscar el aire puro de los campos y de las playas. Iba sola. Fingía no reconocer a muchas amigas de otros tiempos, que la miraban esperando el saludo y el alimento para su murmuración.

También Neville había mejorado mucho. Al saber que Diana era inocente y que estaba cerca, una ciega esperanza le había poseído, una alegría infantil e inconsciente.

Incluso Constance llegó a parecerle menos insoportable. No pensaba en que su amor no era ahora menos imposible que antes. Le bas-

taba con saber que Diana era digna de ser amada.

Y el recuerdo de una noche gloriosa le dominó.

Fué aquella noche que terminó con la trágica noticia de la muerte de Jeffry y con la vergüenza de que Trevelyan se enterara de todo

Después vinieron las diferencias, las discusiones, los insultos por su parte.

¡Pobre Diana! Así había respondido él a su sublime sacrificio.

¡Buena lección de honor le había dado! Y lo mismo podía servir para el severo señor de Holderness.

Aquello era un honor verdadero, honor silencioso y sin pompa, honor abnegado, honor sublime.

LA MUJER LIGERA

¡Pobre Diana!

Quería verla, quería hablarle a toda costa para pedirle perdón, para caer de rodillas ante ella y decirle que haría lo que ella le ordenase.

¡Pobre Diana!

Fué varias veces a casa de Trevelyan y no la encontró. Al saber que hacía continuas excursiones en el auto, recorrió con el suyo los alrededores de la ciudad.

Y no podía encontrarla.

Pero él no desmayaba. La encontraría. Era preciso y sólo la

muerte podría malograrle esta determinación.

Al fin un día recurrió a Trevelyan. Le dijo la verdad de todo. Y el doctor, al saber que lo que deseaba era pedirle perdón, le preparó la entrevista.

Le bastó decir a Diana que quería salir con ella aquella tarde para que Diana no se moviera de allí.

Pero en vez de llegar su amigo el doctor llegó Neville.

Así fué como aquellas dos almas peregrinas tuvieron un nuevo encuentro.

* * *

Se acercó a ella con paso lento, como acobardado.

—Diana...

—¿A qué has venido?

—A pedirte perdón.

—Estás perdonado. Vete.

—No puedo irme, Diana. Ya no me iré. Me quedaré para siempre. He cometido contigo una gran injusticia y quiero repararla. Durante mucho tiempo no he hecho sino escuchar a los demás. Ahora

sólo quiero escucharte a ti.

Ella tenía la cabeza doblada en el respaldo del sillón y la mirada turbia y fija en un punto remoto.

Se acercó a Diana por aquel lado en que se hallaba su rostro y se arrodilló.

—Perdóname, Diana, perdóname. Quiero que seas para mí lo que fuiste en un tiempo. Quiero que me digas otra vez: tú eres el único hombre al que he dicho: "te

amo". Quiero oír todo esto tan bello, tan incomparable.

Ella movió la cabeza negativamente.

—Ya no puede ser. Ahora no es como antes. Han pasado muchos días, muchos años desde que podía decirte eso.

—No han pasado años. Tú olvidas sin duda una noche inolvidable...

—Lo mejor para mi honor es olvidarla.

—No, Diana. Tu honor está a salvo. Hasta aquella vez fuiste generosa. Entonces era ya tu esposo. Despues ha habido una tregua y ahora vuelves a ser para mí.

—¿Y Constance? ¿Qué va a ser de esa pobre criatura?

—Ella sabe que te amo a ti. Ella fué la que dijo: "Cuando un hombre la ama una vez ha de amarla siempre."

—Neville. Es una traición lo que piensas cometer con ella. Te voy a ofrecer una solución. Ama me en silencio y quédate a su lado, cumpliendo con tu deber de esposo.

—No, Diana. Estoy harto de

tanta farsa. Dices que la traicionaría. Pues bien, yo te digo que antes te traicioné a ti y me traicioné a mí mismo. Oyeme, Diana. Te amo por encima de todo. Nada logrará detenerme esta vez... ¿Para qué continuar al lado de Constance? Ella no me lo agradecerá. ¿Tú sabes lo que sufre viendo mi desamor?... Ella fué quien lo quiso. Vió que no la amaba y se empeñó en que la amase. Un día y otro día, una semana y otra me acosó y me persiguió. He aquí las consecuencias. ¿No sostenía ella misma que quien te amaba una vez no podía dejar de amarte nunca? Debió ser más prudente.

—Y tú también, Neville.

—Eso es lo que quiero, Diana: reparar mis imprudencias. Separándome de Constance le haré un favor. A su lado no le causo más que sufrimientos. No puedo con ella, no la amo... Oyeme, Diana. Todo lo tengo planeado. Vámonos a Sudamérica. Allí seremos todo lo felices que hasta ahora no hemos podido ser.

—Pero... ¿y tu padre? ¿y tu carrera?

—Todo eso se ha llevado lo mejor de mis sacrificios. Hasta ahora he vivido para ellos exclusivamente. Desde ahora, viviré sólo para ti.

Aquel día, como otra mañana gloriosa y trágica al mismo tiempo, había salido el sol. Era un sol dorado y débil que difícilmente podía romper la niebla.

A través de la encristalada galería llegaba hasta ellos la dulce caricia, aquella especie de beso protector.

—Este sol es de oro como tu cabello y como tu corazón, Diana.

Estaba arrodillado junto a la hamaca en que ella se reclinaba con indolencia. El rostro de él quedaba a la altura del rostro de ella y tan cerca, que hubiera bastado un leve movimiento para que los labios se unieran.

—Acaso podrían evitarlo?

Años y años habían ido por el mundo amándose y huyéndose. Ahora, después de los largos días de angustia, estaban uno junto a otro y muy cerca. De corazón a corazón se había establecido la co-

rriente de amor en pos de la cual tanto habían corrido y luchado. ¿Podrían dejarse ya?

Seguía el sol envolviéndoles y dijérase que su tibio abrazo era cada vez más amoroso y dulce. ¿Podrían dejarse ya?

Temblaba el jardín como estremecido de placer y el sol besaba la cima de las plantas, oblícuo y deslizante, suave y escurridizo. Era como polvillo de oro.

Las manos de Neville, aun sin proponérselo, habían avanzado y hallado las de Diana. Acaso las esperaba ella. Acaso también ella las tendió buscando ciegamente las de Neville.

Estaban solos. No se oía en la casa un ruido. No se oía un ruido en el campo. La ciudad quedaba muy lejos. Y muy lejos quedaba la gente, aquella gente que ellos no querían ver, porque les recordaba los momentos amargos de su tragedia.

Poco a poco el sol de oro fué extinguiéndose y un crepúsculo que rápidamente oscurecía cayó sobre la casa y sobre el campo. Grandes masas de niebla corrían de un lado

a otro, como desmenuzadas por manos gigantescas e invisibles. Sobre los cristales había un velo cenciente y la galería quedó sumida en una especie de letargo. Ya no era una galería abierta al mundo: era un recinto cerrado y sombrío, propicio a la intimidad y a las confidencias. ¿Podrían dejarse ya?

Al extinguirse la luz uno y otro habían visto como en la mirada del ser amado se hacía también la noche.

Habían estado mudos y contemplándose no sabían cuánto tiempo.

Los ojos de color de acero de Diana habían sufrido maravillosas transformaciones que fueron como una sinfonía de matices. Primero el color de acero se intensificó en el iris y las pupilas parecieron dilatarse. Después se aclaró y aligeró todo, como si el acero se hubiera liquidado. Matices imprecisos de mercurio y de oro viejo, tonos líquidos y verdosos, como de frondas en día de lluvia. Todos estos colores y otros muchos pasaron por aquellos ojos profundos y misteriosos que Nevi-

lle jamás había podido comprender.

Fué un espectáculo maravilloso. ¡Ahora sabía comprender aquellos ojos incomprensibles! Ahora sabía que tras aquella apariencia fatídica se ocultaban sublimes virtudes.

La sombra se había hecho completa. Temblaron las manos de ella en las manos de él y uno aspiró el aliento del otro. Fueron acercándose los labios en un avance imperceptible, como si quisieran retrasar el momento sublime del beso.

Al fin sintieron la divina humedad, el calor de amor y de vida... y siguieron acercándose.

Ya no podían estrecharse más los labios contra los labios. Casi les dolían de tanto apretar y sorber, pero en aquel instante el dolor era placer para ellos.

—¡Diana!... ¡Diana! Si me das me moriré... ¡me mataré!

—Podrían dejarse ya?

—No te dejaré, Neville. He tardado en encontrarte, pero te tengo al fin.

—No, no podían dejarse!

XII

El momento fué difícil, pero Neville lo afrontó heroicamente, con ese valor que se adquiere en los trances desesperados, cuando estamos a punto de morir o de perdernos.

El señor de Holderness esperaba a su hijo sentado en un sillón. Se había enterado de la llegada de Diana y sospechaba algo doloroso cuando Neville, por medio de un criado, le dijo que quería hablarle.

Precisamente aquellos días Constance estaba más necesitada de él que nunca. El señor de Holderness la veía pálida y desfallecida. Sin duda se sentía realmente enferma, pero ella nada había dicho.

Quería hablar con Neville, que

ría hacerle ver lo que él había visto ya y llamar por última vez a su corazón. Si Constance enfermara y muriese él sería el responsable. El debía reflexionar acerca de lo que esto significaba, él debía recordar el caso de Diana, el drama de Diana desde que cayera sobre su conciencia la responsabilidad de la muerte de David.

Todo esto quería decirle. Pero he aquí que cuando pensaba pedirle un rato de conversación a solas, su hijo se le adelantaba y le enviaba el siguiente recado:

Necesito hablar contigo de algo muy importante.

Inmediatamente relacionó el aviso con la llegada de Diana.

Para disimular su inquietud encendió un cigarrillo, y la mano que

lo sostenía tembló al ver aparecer a Neville en el umbral. Una extraña resolución emanaba de todo él. Al punto comprendió que sería inútil tratar de hacerle reflexionar.

—¿Qué quieres, Neville? ¿Qué cosa importantísima tienes que decirme?

—Muy sencillo: que he resuelto marcharme con Diana lejos de aquí.

El señor de Holderness se puso en pie en una convulsión.

—¡Estás loco, Neville!

—Nada de eso, padre. Loco estaba antes, cuando había de soportar la intimidad de Constance, cuando había de vivir en completa comunión con una mujer a la que no puedo amar, cuando el recuerdo de la infeliz Diana me torturaba el pensamiento y me abrasaba el corazón a todas horas... Entonces, entonces estaba loco. Pero ahora no. Ahora estoy muy sereno. ¿No has advertido que hace unos días no pruebo el alcohol? ¿No has advertido que he recobrado mis energías y mi serenidad

de siempre? ¿No has advertido que vuelvo a ser el hombre íntegro de antes? Pues bien: este milagro lo ha realizado Diana.

—Faltarás a tu honor. Te debes a Constance. Te casaste con ella y te comprometiste a hacerla feliz.

—Padre, oyeme. Por primera vez en la vida estoy decidido a desobedecerte. Nada logrará hacerme volver atrás de mi determinación. Yo podría haberme marchado sin decir nada. Pero he preferido afrontar francamente las consecuencias de este acto. Y además, me he propuesto convencerte de que Diana no es la mujer sin honor que tú crees. Lo mismo que yo tú estás en deuda con ella. Para proceder con justicia tendrías que pedirle perdón. Oye bien lo que voy a decirte: Diana no es la responsable de la muerte de David.

—Entonces... — balbució con perplejidad el señor de Holderness —, ¿por qué se suicidó?

—No lo sé.

—En qué te fundas, pues, para

asegurar la inculpabilidad de Diana?

—En que así me lo ha dicho Trevelyan y en que así me lo ha ratificado Diana con su silencio. Trevelyan me dijo simplemente: "Diana no es responsable de la muerte de aquel desdichado y si calló cuando se la acusaba fué por conservar incólume su nombre."

—¡Claro! ¡Y eso es bantante para que se le crea! Una mujer que ha sido capaz de hacer lo que ha hecho, ¿qué reparo puede tener en callar cuando un amigo excesivamente piadoso pronuncia unas palabras en su defensa?

—No la ofendas más, padre. Diana es inocente.

—Pero ¿cómo podrías demostrarlo? ¿Se puede aceptar una afirmación tan grave sin una prueba?

—Acaso tú tienes alguna para ofenderla con tus pensamientos acusadores? No digas que sí, porque mentirás. Tú, como todos, te guías por suposiciones, por deducciones de mal detective... Pero nada más.

—Por lo mismo te guías tú ahora para creer en su honradez.

—No, padre. Yo ahora no me guío por nada. Ni siquiera quiero preguntar. Deseo creer en ella, ciegamente, tener fe en ella. ¡Lástima que no tomara esta determinación hace diez años!

El señor de Holderness recurrió a los ruegos al ver que nada conseguía mencionando el honor y el apellido de los Holderness.

Jamás se había humillado tanto el orgulloso caballero.

Pero de nada le sirvió.

Neville respondía siempre:

—Estoy resuelto. Nada podrá hacerme volver atrás. Si no quieres creer en Diana, allí tú con el peso de esa responsabilidad moral.

—Bien, Neville—dijo al fin el señor de Holderness con un tono que demostraba que acababa de tomar una resolución—. Quieres lucha, pues tengamos lucha. Pero luchemos francamente, como caballeros. ¿Cuándo pensáis partir?

—Mañana.

—Está bien. En veinticuatro horas se puede hacer mucho. Cumpliré con mi deber hasta el últi-

mo momento. ¿No has querido escucharme tú? Probaré a hacerme oír por ella. Ahora mismo suplicaré a Diana que venga a verme.

Comenzaba a oscurecer cuando llegó al palacio de Holderness Trevelyan.

Lo primero que hizo el padre de Neville fué mostrarle la carta que había escrito para Diana, la cual decía así:

Mi hijo Neville me ha comunicado su decisión de marchar a Sudamérica contigo. Fiándome en el honor de que has blasónado siempre, te invito a que vengas esta noche a mi casa para tener contigo una explicación leal.

Morton Holderness

—¿Sabía usted algo de eso, Trevelyan?

—Sí. Diana me ha puesto en antecedentes de todo.

—¿Y qué opina usted?

—Yo he hecho todo lo posible por disuadirla.

—Cree usted que acudirá a mi llamada?

—Si envía esa carta en auto, dentro de media hora Diana estará aquí.

—Tiene usted mucha confianza en Diana.

—La que merece.

—Veremos si tiene razón. Voy a enviar la carta inmediatamente.

Y llamó al chofer.

Estaban todos reunidos, esperando, cuando se oyó un auto que se detenía a la puerta.

Constance y Neville levantaron

la cabeza. El señor de Holderness miró a Trevelyan. Este sonreía suavemente.

—Ahí la tiene usted. Diana no

ha tenido nunca miedo a afrontar la verdad.

Aun no estaba convencido el señor de Holderness.

Pero sonó el timbre de la puerta y, al abrirla, apareció Diana.

—¿Ve usted como sí que ha venido, amigo Holderness?

Diana estaba en medio de la estancia. Había paseado una lenta mirada por todos los concurrentes. Al mirar a Constance vió que ésta abatió la cabeza en seguida.

—Sí, aquí estoy—dijo fríamente. He venido porque el señor de Holderness me ha llamado. Pero quiero comenzar por decir que nada en el mundo me hará esta vez cambiar de propósito.

—Diana, hago una última llamada a tu honor—dijo el caballero.

—Mi honor está siempre despierto, señor de Holderness. No necesita llamadas. Pero es distinto al suyo y usted no lo podrá comprender. ¿Cuál es mejor? ¡Quién sabe! Lo cierto es que por culpa de ese honor que usted con tanto empeño defiende, somos desgraciados Neville, Constance y yo.

—No puedo consentir que, encima de lo que has hecho, me insultes. No compares mi honor con el tuyo. Yo no quiero ese honor que se conforma con destruir un hogar y que consintió que un hombre se quitara la vida.

De pronto, el señor de Holderness se sintió asido por un brazo.

Se volvió; era Trevelyan, el cual le contemplaba con fijeza.

—Voy a faltar a mi palabra por primera vez en la vida. Me prometí faltar a ella si se volvía a ofender a Diana en presencia mía.

—¡Silencio, Trevelyan!

—No, Diana. No puedo seguir callando.

Y añadió en voz alta y clara para que todos le oyeron bien:

—Vuestro famoso David era un ladrón. Durante meses enteros estuvo jugando a la bolsa sin tener con qué responder y desfalcó muchos miles de libras. Se mató cuando dos policías fueron a detenerle. ¿Y sabéis lo que hizo entonces Diana? Pues pagó sus deudas hasta el último céntimo y gratificó a

la policía para que callara. Así pudo conservar incólume el nombre de su esposo. ¿Qué me decís ahora del singular honor de Diana?

Neville se acercó a ella con la cabeza baja.

—No merecemos tu perdón—le dijo—. Pero yo te juro que sabré atenuar mis culpas viviendo sólo para ti.

También el señor de Holder-

ness se acercó a estrechar su mano.

—Ha sido un rasgo admirable, Diana. Te pido perdón por mis ofensas. ¿Quieres llevarte a Neville? Llévatelo. No seré yo el que te detenga.

—Sí, me voy. Ya he dicho que esta vez nada me hará desistir de mi propósito. Yo también tengo derecho a ser feliz.

Y salió seguida de Neville.

* * *

Se oyó entonces una llamada que fué más bien un grito de angustia.

—¡Diana!

Era Constance, Constance que se había levantado y corría a la puerta.

En tanto Neville, para dar una prueba más de su resolución, continuaba hacia el auto de Diana que esperaba junto a la verja, ella se detuvo.

Constance le dijo unas palabras en voz baja y desde el salón se vió el efecto inusitado que la mis-

teriosa revelación producía en el rostro de Diana.

Concluyeron por abrazarse llorando y Diana se fué hacia la verja y Constance volvió al salón.

Momentos después apareció Neville.

—¿Y eso, Neville? ¡Creí que te habías marchado para no volver! —exclamó el señor Holderness esperanzado.

—No puedo marcharme—repuso Neville mirando fijamente a

Constance—. Me une a mi esposa un lazo más fuerte que la promesa matrimonial. La misma Diana me ha hecho volver, me ha convencido de que mi deber está aquí.

Se sentó al lado de Constance y le rodeó los hombros con un brazo.

—Debiste habérmelo dicho, Constance. Nadie, por malo que sea, puede abandonar a un hijo.

Y después, dirigiéndose a su padre:

—Ya está asegurada la descendencia de los Holderness.

—¿Es cierto?—exclamó el señor Holderness radiante de alegría.

—Me lo ha dicho Diana, padre—repuso Neville sonriendo amargamente—. Y Diana no miente nunca.

* * *

Al tomar la determinación de hacer volver a Neville al lado de su esposa, otra resolución palpita en el pecho de Diana.

Rígidamente, segura de que esta vez no se opondría ningún obstáculo a su determinación subió a su auto, lo puso en marcha, opri-mió el acelerador y lo dirigió contra un grueso árbol.

Tan formidable fué el ruido que

se oyó desde la casa de Holderness.

Neville echó a correr y le siguieron todos.

Cuando llegaron, el corazón de Diana no latía ya. El auto era un montón de astillas y entre ellas asomaba la mano exangüe sin pulso de Diana.

Así terminó la vida de aquella mujer que todo el mundo reputaba de ligera.

FIN

COLECCIONE USTED
los lujosos libros de las ediciones especiales de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
NÚMEROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy.—El Gran Desfile, por John Gilbert y Renée Adorée.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller.—La princesa que supo amar, por Huguette Duflos y Charles de Roche.—El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita.—Sin familia, por Leslie Shaw.—Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno.—Nantás, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donatien. Cobra, por Rodolfo Valentino.—El fin de Montecarlo, por Francesca Bertini y Jean Angelo.—Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert.—Zazá, por Gloria Swanson.—¡Adiós, Juventud!, por Carmen Boni.—El judío errante, por Gabriel Gabrio.—La mujer desnuda, por Louise La grange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc.—Casanova, por Ivan Mosjoukine.—Hotel Imperial, por Pola Negri.—La tía Ramona, por Luisa Fernanda Sala.—Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore.—Noche Nupcial, por Lily Damita.—El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell.—Beau Geste, por Ronald Colman.—Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy. La Mariposa de Oro, por Lily Damita.—Ben-Hur, por Ramón Novarro.—El Demonio y la Carne, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson.—La Castellana del Líbano, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich.—La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Greta Garbo.—Trípoli, por Esther Ralston y Charles Farrell.—El Rey de Reyes. La ciudad castigada.—Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino.—Aguilas triunfantes, por Phyllis Haver y Rod La Rocque.—El Sargento Malacara, por Lon Chaney. El Capitán Sorrell, por H. B. Warner.—El Jardín del Edén, por Corinne Griffith.—La Princesa mártir, por Lucienne Legrand.—Ramona, por Dolores del Río.—Dos Amantes, por Vilma Bánky y Ronald Colman.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la Carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia, El ángel de la calle, La última cita, El enemigo, Amantes, Moulin Rouge, La Bailarina de la Ópera, Ben-Ali, Los Cuatro Diablos, ¡Rie, payaso, ríe!, Volga, Volga, La Sinfonía Patética, Un cierto muchacho, ¡Nostalgia!..., La ruta de Singapore, La Actriz, Mister Wu, Renacer, El despertar, Las tres pasiones, La melodía del amor, Cristina la Holandesita, ¡Viva Madrid, que es mi pueblo!, Sombras blancas, La copla andaluza, Los cosacos, Icaros y El conde de Montecristo

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

**PRÓXIMO
NÚMERO**

La sensacional novela

**Vírgenes
modernas**

por JOAN CRAWFORD,
DOROTHY SEBASTIAN,
NILS ASTHER, etc.

¡Formidable asunto!

EN PREPARACIÓN:

**Estrellas
dichosas**

por la pareja ideal
CHARLES FARRELL
y JANET GAYNOR

ACONTECIMIENTO

En breve, la sensacional novela
en veinte cuadernos:

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Lujosa presentación. Portadas
a colores. Nutrido texto, con
ilustraciones



UN CUADERNO SEMANAL, LOS JUEVES

Precio: 25 céntimos

SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Ferraz, 21.



E
B

Precio: Una peseta